

Estar (Autocitas)

SELECCIÓN DE José Antonio Mesa Toré

Si estoy vivo, estoy vivo.

Enhorabuena.

CLAUDIO RODRÍGUEZ

¿Quién no se llama Carlos o cualquier otra cosa?

CÉSAR VALLEJO



MARTIN MUNKACSI, AUTORRETRATO 1930

Ramón María del Valle-Inclán

VILLANUEVA DE AROSA, PONTEVEDRA. 1866-1936

KARMA

Quiero una casa edificar
como el sentido de mi vida.
Quiero en piedra mi alma dejar
erigida.

Quiero labrar mi eremitorio
en medio de un huerto latino,
latín horaciano y grimorio
bizantino.

Quiero mi honesta varonía
transmitir al hijo y al nieto,
renovar en la vara mía
el respeto.

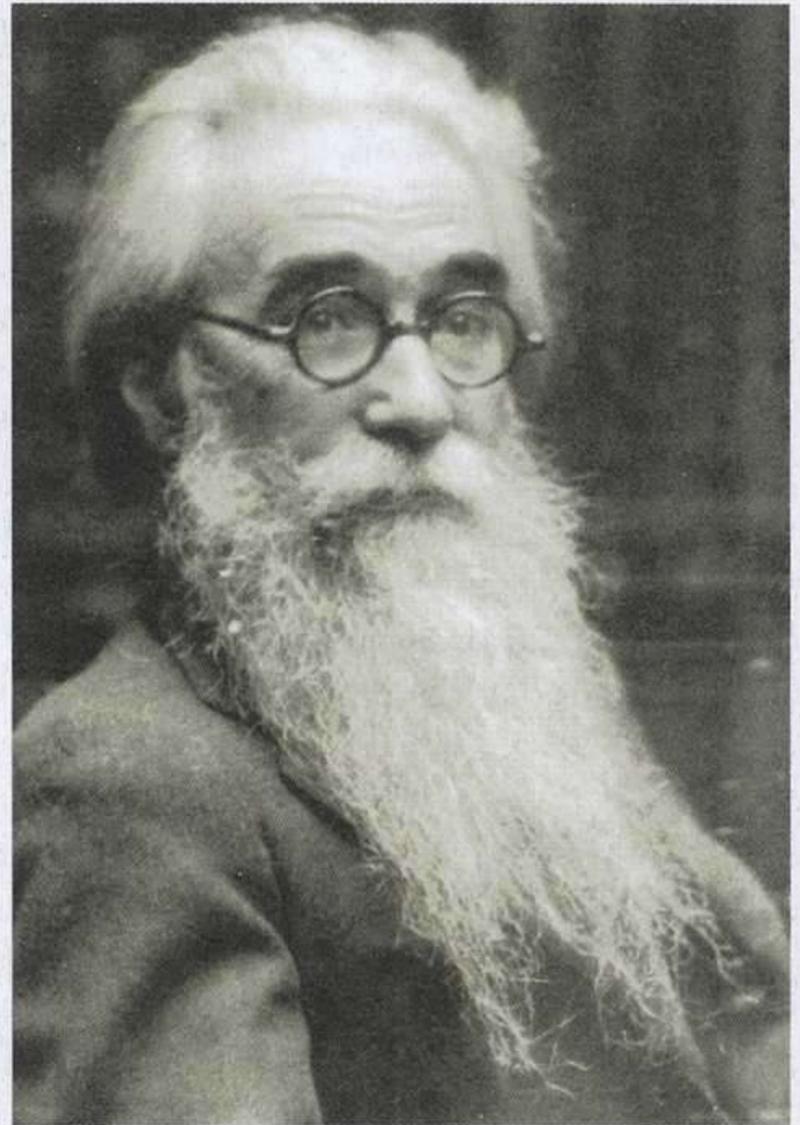
Mi casa como una pirámide
ha de ser templo funerario,
el rumor que mueve mi clámide
es de Terciario.

Quiero hacer mi casa aldeana
con una solana al oriente,
y meditar en la solana
devotamente.

Quiero hacer una casa estoica
murada en piedra de Barbanza,
la casa de Séneca, heroica
de templanza.

Y sea labrada de piedra,
mi casa Karma de mi clan,
y un día decore la hiedra

sobre el dolmen de **Valle-Inclán**



RAMÓN MARÍA DEL VALLE INCLÁN

Valle-Inclán

Rubén Darío

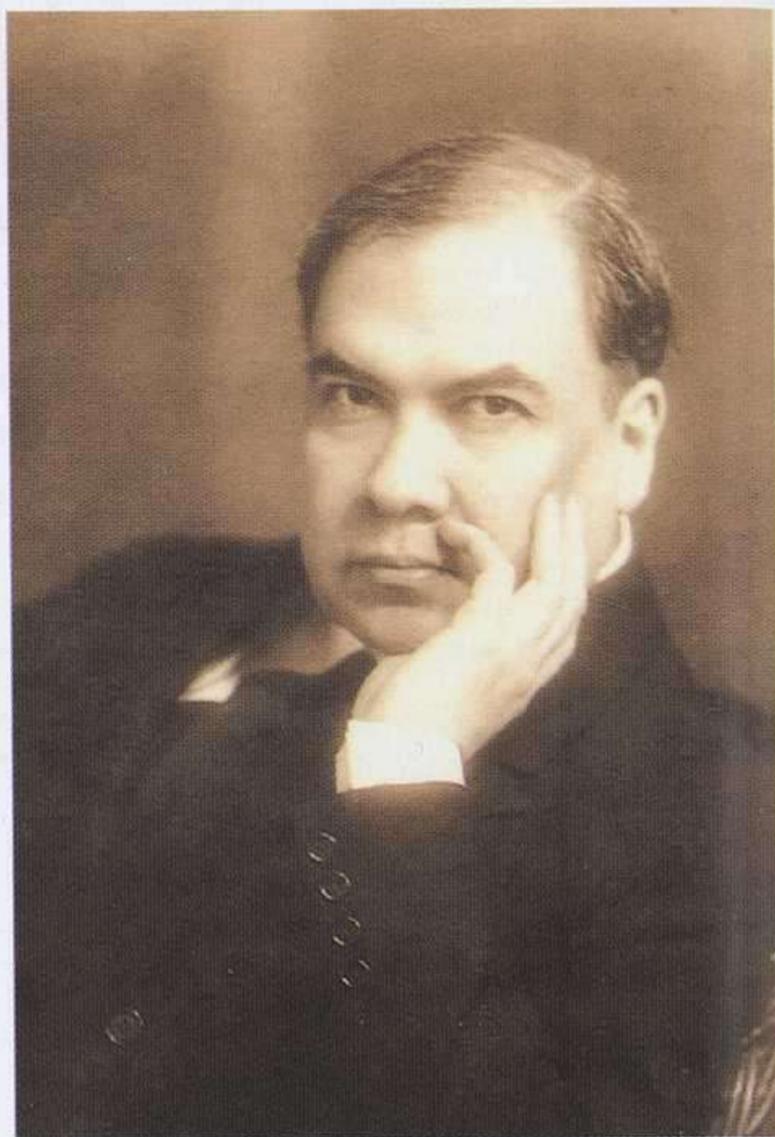
METAPA, NICARAGUA. 1867-1916

A VIRGINIA AMBROGI

*Este verso irá a ti como una golondrina
que llevará cual en un vuelo de acuarela,
una rosa de plata de tierra argentina
al luminoso amor de Maris Stella:*

Esta noche la luna hacia la mar inclina
una ánfora sutil que en la sombra cincela
el sueño; de ella cae una perla divina,
que también doy a la golondrina que vuela.

Y la rosa y la margarita de la urna
a ti llevará mi golondrina nocturna.
Un cerebro sensible, un corazón que sueña
fletan para Virginia Ambrogi el navío;
y ved cómo saluda el paisano **Darío**
desde el país del Plata a la salvadoreña.



RUBÉN DARÍO

Rubén Darío

Manuel Machado

SEVILLA. 1874-1947

NUEVO AUTORRETRATO

UN niño es una fiera... Y yo era niño el día
en que me hicieron la primer fotografía.
Mi padre, que era un clásico, sabía, por Orfeo,
cómo amansa a las fieras la música... Yo creo
que —instrumento inconsciente del destino— entre todos
hallaron, de aquietarme procurando los modos,
el libro-caja de música en que apoyada
mi sien se ve. La música me sirve de almohada.

Rubio y tierno, de dulces ojos, cara redonda,
el alma toda albor y la guedeja blonda,
aparezco en aquel retrato, calladete,
escuchando encantado el dulce soniquete.
Hoy, ni rubio ni dulce, más bien moreno y duro,
voluntarioso el maxilar, el pelo oscuro,
los ojos fatigados..., al mirarme no acierto
si soy yo mismo o si aquel niño habrá muerto...

.....

Así dejé, hace quince años, este poema
por otro más completo autorretrato. El tema
—**Manuel Machado**, en fin, pinta a Manuel Machado
definitivamente— me pareció agotado.
Hoy, al hallar de nuevo la vieja cartulina
en que se desvanece mi efigie chiquitina
—a través de la bruma de un inquieto destino,
espuma del torrente y polvo del camino—,
reconozco que aquella fierecilla domada
por la música..., es toda mi vida retratada.
Y me ofrezco de nuevo como fui, como soy
y seré finalmente, ayer, mañana, hoy.
En medio del amor, de la ambición y el miedo,
la música no más logra tenerme quedo.
De la vida y el libro sólo sé la armonía.
Mi propia obra es sólo una polifonía
de gritos de mi tiempo, lentos o subitáneos,
que dio a veces el son a mis contemporáneos.
Oí la voz de todo: de la paz, de la guerra,
el silencio del campo, que la cigarra asierra...
Y mientras escuchaba la compleja sonata,
pasó la vida a un lado como una cabalgata.
Tendí la mano a veces y le arranqué una rosa,
y otras la retiré sangrante y temblorosa.
Mas dolor y placer se disipaban luego
y el desfile seguía como cosa de juego.

.....

Cuando me dé la mano el Ángel de mi guarda,
para ir a esa región que a todos nos aguarda,
sobre la eterna música me hallará adormecido...
Y yo abriré los ojos a un mundo conocido.

Manuel Machado

Alonso Quesada

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA,
1885-1925



ALONSO QUESADA

EL SÁBADO

Son las tres de la tarde. La oficina está envuelta en el oro marino que nos trae el verano; ese oro que viene de estos mares los días luminosos... ¡El oro del desierto cercano!... El gerente ha salido para toda la tarde a jugar la partida de *foot-ball* porque es sábado. Los demás, como menos, seguimos la tarea: ¡el eterno pan nuestro, de tan eterno amargo!

Lentamente, las hojas de los libros, las mueven estos ingleses jóvenes tan hermosos, tan castos, que el rubor los abrasa si contáis aventuras que corristeis vosotros en los más locos años... Yo tengo puesto el pensamiento en una columna donde una araña teje... ¡lo que yo voy pensando! Este decir lo ha dicho el cajero que sabe mucho Dickens y tiene presunción de flemático...

—Oh, este m^{rs}ter **Quesada** con sus ensueños locos.
—Como el cojo poeta, es violento y romántico...
—¡El quisiera ahogarse como Schelly un día, y ser pasto de hoguera frente a su mar Atlántico!...

Yo siento este rocío de ironía, que cae mansamente en mi alma, mientras reviso un cálculo. Ellos, de suma en suma, van poniendo sus burlas con esa suficiencia sonora de hombres prácticos.

¡Oh las horas rurales de mi vida, perdida en la evasión de un humo muy azul y lejano!...
¿Qué será, de este modo, cuando al umbral sereno de la vejez arribe, sin haber comenzado?...

—El poeta no dice una palabra ahora, que tiene el pensamiento de loco aprisionado.
—¿Por qué no dice nunca las trovas que ha lucido esa testa que odia el mayor y el diario?...

Como un presuntuoso brincador, el tintero alzo en mi mano y digo, conceptuoso y romántico:
—¡Oscar Wilde fue el primer corazón de Inglaterra!...
brindo, pues, por sus labios y sus ojos extraños, y por la complicada ternura de su alma y el ensueño sonoro de sus celestes años...

Ellos se ruborizan... Inclinan las cabezas y tornan, silenciosos, de esta vez al trabajo...

Oliverio Gironde

BUENOS AIRES, ARGENTINA. 1891-1967

GRATITUD

Gracias aroma
azul,
fogata
encelo.

Gracias pelo
caballo
mandarina.

Gracias pudor
turquesa
embrujo
vela,
llamarada
quietud
azar
delirio.

Gracias a los racimos
a la tarde,
a la sed
al fervor
a las arrugas,
al silencio
a los senos
a la noche,
a la danza
a la lumbre
a la espesura.

Muchas gracias al humo
a los microbios,
al despertar
al cuerno
a la belleza,
a la esponja
a la duda
a la semilla,
a la sangre
a los toros

a la siesta.

Gracias por la ebriedad,
por la vagancia,
por el aire
la piel
las alamedas,
por el absurdo de hoy
y de mañana,
desazón
avidez
calma
alegría,
nostalgia
desamor
ceniza
llanto.

Gracias a lo que nace,
a lo que muere,
a las uñas
las alas
las hormigas,
los reflejos
el viento
la rompiente,
el olvido
los granos
la locura.

Muchas gracias gusano.
Gracias huevo.
Gracias fango,
sonido.
Gracias piedra.
Muchas gracias por todo.
Muchas gracias.

Oliverio Gironde
agradecido.

Oliverio Gironde

César Vallejo

SANTIAGO DE CHUCO, LA LIBERTAD, PERÚ. 1892-1938

VOY A HABLAR DE LA ESPERANZA

Yo no sufro este dolor como **César Vallejo**. Yo no me duelo ahora como artista, como hombre ni como simple ser vivo siquiera. Yo no sufro este dolor como católico, como mahometano ni como ateo. Hoy sufro solamente. Si no me llamase César Vallejo, también sufriría este mismo dolor. Si no fuese artista, también lo sufriría. Si no fuese católico, ateo ni mahometano, también lo sufriría. Hoy sufro desde más abajo. Hoy sufro solamente.

Me duelo ahora sin explicaciones. Mi dolor es tan hondo, que no tuvo ya causa ni carece de causa. ¿Qué sería su causa? ¿Dónde está aquello tan importante, que dejase de ser su causa? Nada es su causa; nada ha podido dejar de ser su causa. ¿A qué ha nacido este dolor, por sí mismo? Mi dolor es del viento del norte y del viento del sur, como esos huevos neutros que algunas aves raras ponen del viento. Si hubiera muerto mi novia, mi dolor sería igual. Si me hubieran cortado el cuello de raíz, mi dolor sería igual. Si la vida fuese, en fin, de otro modo, mi dolor sería igual. Hoy sufro desde más arriba. Hoy sufro solamente.

Miro el dolor del hambriento y veo que su hambre anda tan lejos de mi sufrimiento, que de quedarme ayuno hasta morir, saldría siempre de mi tumba una brizna de yerba al menos. Lo mismo el enamorado. ¡Qué sangre la suya más engendrada, para la mía sin fuente ni consumo!

Yo creía hasta ahora que todas las cosas del universo eran, inevitablemente, padres o hijos. Pero he aquí que mi dolor de hoy no es padre ni es hijo. Le falta espalda para anochecer, tanto como le sobra pecho para amanecer y si lo pusiesen en una estancia oscura, no daría luz y si lo pusiesen en una estancia luminosa, no echaría sombra. Hoy sufro suceda lo que suceda. Hoy sufro solamente.

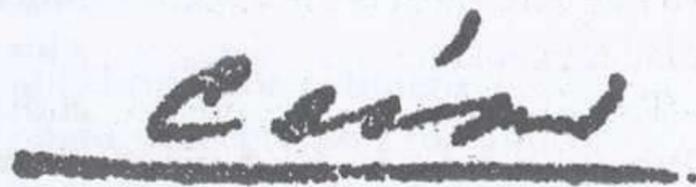
PIEDRA NEGRA SOBRE UNA PIEDRA BLANCA

Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.
Me moriré en París —y no me corro—
tal vez un jueves, como es hoy, de otoño.

Jueves será, porque hoy, jueves, que proso
estos versos, los húmeros me he puesto
a la mala y, jamás como hoy, me he vuelto,
con todo mi camino, a verme solo.

César Vallejo ha muerto, le pegaban
todos sin que él les haga nada;
le daban duro con un palo y duro

también con una sogá; son testigos
los días jueves y los huesos húmeros,
la soledad, la lluvia, los caminos...



Jorge Guillén

VALLADOLID. 1893-1984

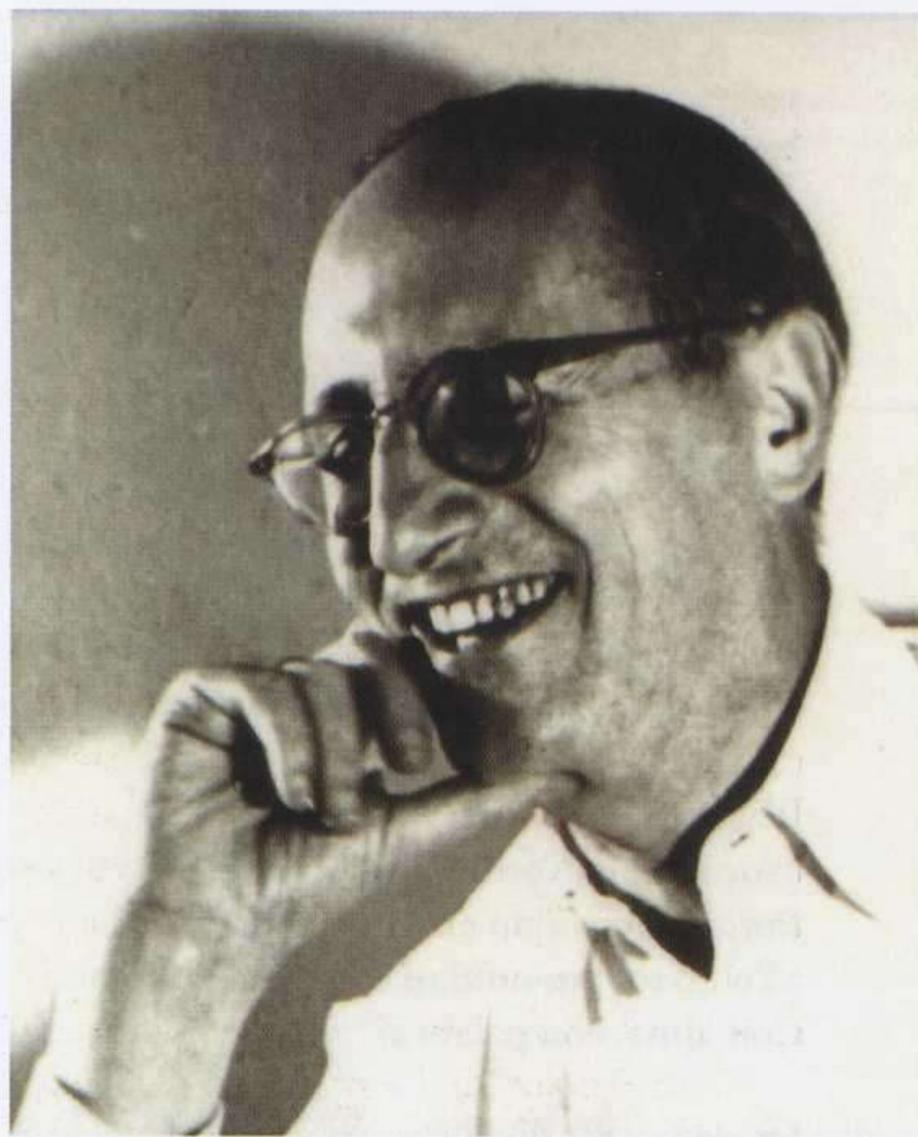
SOY MORTAL

El piso era una pista,
Los coches eran cuerpos tan seguros
Como estrellas por órbitas,
La mañana era el éter.
Obedecía el mundo a los volantes,
Que desplegaban o que recogían
Tantas rápidas curvas,
Algunos casi quiebros.
Y de repente... ¡No!

Entonces un abismo
—Abismo de segundos—
Nos salvó. Finamente
Quedamos en la orilla espeluznante,
Y el choque, tan posible,
No llegó a ser suceso.
Un quid:
Durante dos segundos se afrontaron
Nuestra vida arrojada a predominio
Veloz,
A veloz porvenir, y nuestra muerte.

Aquella imagen, sólo aquella imagen,
Torpe boceto apenas ideado,
Me sumió en un terror que me retuvo
Muy dentro de mi propio calabozo:
Este vivir mortal.

Entre los días y su desenlace
Oscuro de ataúd
No hay congruencia próxima.
A la larga aparece
—Trazando un arco siempre necesario
Desde el hoy con su afán hacia el remoto
Futuro—
Mi deber de morir,
Acorde al gran concierto ineludible,
Y tras mi frente aguarda sin protesta.
Pero el paso real, sin duda brusco,
La agonía, realísima invasora...



JORGE GUILLÉN

Jorge Guillén

¡Mal «trago», don Rodrigo,
Don Jorge!

Pude yacer allí, quizá deshecho.
Accidente común:
Curiosos, policía, la ambulancia.
Informe ya una forma,
Tan ajena a un aliento que fue espíritu.

¿Aquel soplo, mi soplo,
Se habría remontado
Libre de la catástrofe hacia el sol?
¿Mi ser, mi ser más mío,
Persistiría, trunco?
¿Aquel fuego ardería sin materia,
Pura llama en un aire ya sin aire?
¿Yo no soy mi unidad de carne y hueso
Con alma, con palabra?

Imagino otra faz de la aventura:
Colapso.
Difícil, lento, lento recobrase.
Pero en contra de muerte, mariposa
Súbitamente así recuperada,
¿Volado habría yo,
Yo, polvo sobre el polvo de una tierra?

Soy más pobre que Lázaro.
Ignorancia es más fuerte que esperanza.
Hombre humilde y perdido,
Yo no sé ni esperar ante ese polvo.
Pero heme aquí, por vocación dispuesto
Siempre a la maravilla.

Heme aquí, cuerpo y alma,
Maravillosamente sólo un ser
Indivisible —mientras voy viviendo,
Y soy yo todavía
Pese a las amenazas del azar,
Por las ciudades y los descampados
Azar salteador,
Escandaloso a ciegas,
Impío.

Entre el azar y el mundo,
Mundo nuestro por fin,
Flexible, manejable,

A caballo en el filo fragilísimo,
He de ser y vivir sobreviviendo,
Cerniéndome
Sobre las asechanzas
Sin clave, sin propósito,
Innúmeras:
Filtraciones de caos
Sin cesar renaciente,
Vil proliferación de una tiniebla
Surgida
Contra la luz en medio de las luces.
Condenado me siento aunque sin átomo
Todavía de muerte,
Y triunfante minuto por minuto,
De pie sobre un planeta que subsiste,
Lóbrego a trompicones, peligroso,
Y junto a los peligros
Me alberga: Creación,
Suprema Creación dominadora,
Pese al azar estólido,
A las suertes sin norte,
Creación donde es justo
Que algún día termine
Mi ser: una centella. Soy mortal.

Pablo de Rokha

LICANTÉN, CHILE, 1894-1968

GENIO Y FIGURA

Yo soy como el fracaso total del mundo, ¡oh, Pueblos!
El canto frente a frente al mismo Satanás,
dialoga con la ciencia tremenda de los muertos,
y mi dolor chorrea de sangre la ciudad.

Aun mis días son restos de enormes muebles viejos,
anoche «Dios» lloraba entre mundos que van
así, mi niña, solos, y tú dices: «te quiero»
cuando hablas con «tu» **Pablo**, sin oírme jamás.
El hombre y la mujer tienen olor a tumba,
el cuerpo se me cae de la tierra bruta
lo mismo que el ataúd rojo del infeliz.

Enemigo total, aúllo por los barrios,
un espanto más bárbaro, más bárbaro, más bárbaro
que el hipo de cien perros botados a morir.



JUAN LARREA Y GERARDO DIEGO

Juan Larrea

BILBAO. 1895-1980

JUAN LARREA

Sucesión de sonidos elocuentes movidos a resplandor poema
es esto y esto y esto
Y esto que llega a mí en calidad de inocencia hoy
que existe porque yo existo y porque el mundo existe
y porque los tres podemos dejar correctamente de existir

Gerardo Diego

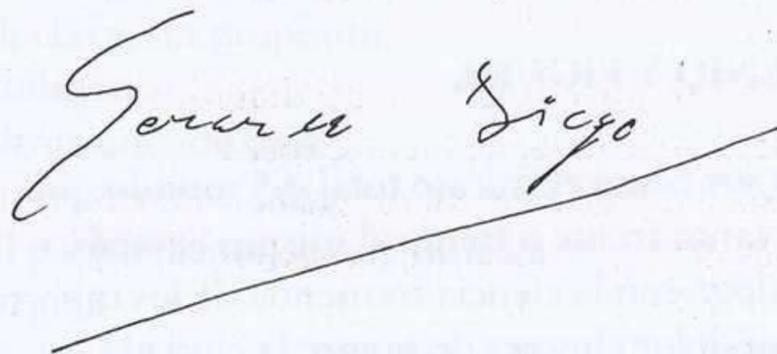
SANTANDER. 1896-1987

VALLE VALLEJO

Albert Samain diría Vallejo dice
Gerardo Diego enmudecido dirá mañana
y por una sola vez Piedra de estupor
y madera dulce de establo querido amigo
hermano en la persecución gemela de los
sombrosos desprendidos por la velocidad de los asuntos

Piedra de estupor y madera noble de establo
constituyen tu temeraria materia prima
anterior a los decretos del péndulo y a la
creación secular de las golondrinas
Naciste en un cementerio de palabras
una noche en que los esqueletos de todos los verbos intransitivos
proclamaban la huelga del te quiero para siempre siempre siempre
una noche en que la luna lloraba y reía y lloraba
y volvía a reír y a llorar
jugándose a sí misma a cara o cruz
Y salió cara y tú viviste entre nosotros

Desde aquella noche muchas palabras apenas nacidas fallecieron repentinamente
tales como Caricia Quizás Categoría Cuñado Cataclismo
Y otras nunca jamás oídas se alumbraron sobre la tierra
así como Madre Mira Moribundo Melquisedec Milagro
y todas las terminadas en un rabo inocente
Vallejo tú vives rodeado de pájaros a gatas
en un mundo que está muerto requetemuerto y podrido
Vives tú con tus palabras muertas y vivas
Y gracias a que tú vives nosotros desahuciados acertamos a levantar los párpados
Para ver el mundo tu mundo con la mula y
el hombre guillermosecundario y la tiernísima niña y
los cuchillos que duelen en el paladar
Porque el mundo existe y tú existes y nosotros probablemente
terminaremos por existir
si tú te empeñas y cantas y voceas
en tu valiente valle Vallejo



—Al teléfono. —¿Quién? —Julio de Pablo.
Aquí Gerardo. ¿Me oyes bien? ¿Conoces
el timbre de mi voz, me reconoces
pintando en verso cuando en verso hablo?

—Eres tú mismo. Yo con mi diablo
y mi ángel converso: luchas, roces,
poesía a mi alcance, tonos, goces,
rimas de luz e imagen sin vocablo.

—Déjame a mí decírtelo. Tú aúnas
los misterios del bosque y de las dunas
y la mar verde y su rompiente alzada.

¿Estados de alma tus paisajes? Niego.
Seres sin plazo, esencias del sosiego,
perspectivas de música acostada.

Dámaso Alonso

MADRID. 1898-1990

MONSTRUOS

Todos los días rezo esta oración
al levantarme:

Oh Dios,
no me atormentes más.
Dime qué significan
estos espantos que me rodean.
Cercado estoy de monstruos
que mudamente me preguntan,
igual, igual que yo les interrogo a ellos.
Que tal vez te preguntan,
lo mismo que yo en vano perturbo
el silencio de tu invariable noche
con mi desgarradora interrogación.
Bajo la penumbra de las estrellas
y bajo la terrible tiniebla de la luz solar,
me acechan ojos enemigos,
formas grotescas me vigilan,
colores hirientes lazos me están tendiendo:
¡son monstruos,

Dámaso Alonso

estoy cercado de monstruos!
No me devoran.
Devoran mi reposo anhelado,
me hacen ser una angustia que se desarrolla a sí misma,
me hacen hombre,
monstruo entre monstruos.

No, ninguno tan horrible
como este Dámaso frenético,
como este amarillo ciempiés que hacia ti clama
con todos sus tentáculos enloquecidos,
como esta bestia inmediata
transfundida en una angustia fluyente,
no, ninguno tan monstruoso
como esta alimaña que brama hacia ti,
como esta desgarrada incógnita
que ahora te increpa con gemidos articulados,
que ahora te dice:
«Oh Dios,
no me atormentes más,
dime qué significan
estos monstruos que me rodean
y este espanto íntimo que hacia ti gime en la noche».

Federico García Lorca

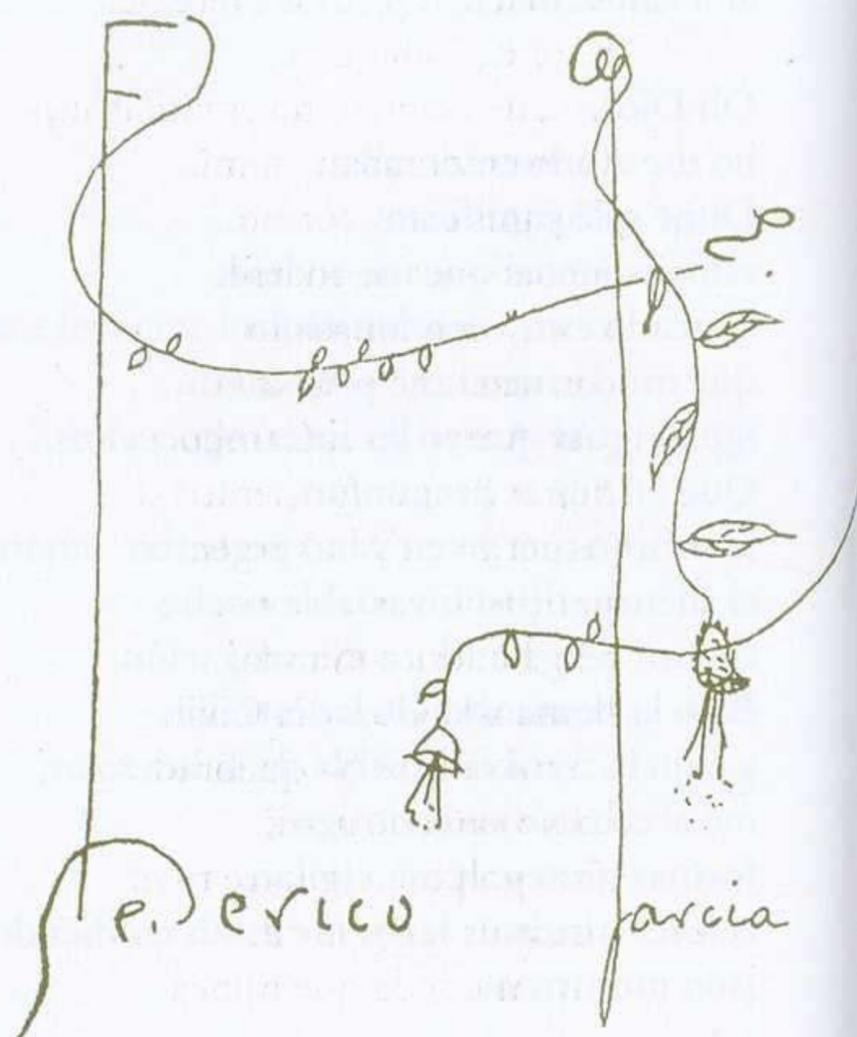
FUENTEVAQUEROS, GRANADA. 1898-1936

DE OTRO MODO

La hoguera pone al campo de la tarde
unas astas de ciervo enfurecido.
Todo el valle se tiende. Por sus lomos
caracolea el vientecillo.

El aire cristaliza bajo el humo.
—Ojo de gato triste y amarillo—.
Yo, en mis ojos, paseo por las ramas.
Las ramas se pasean por el río.

Llegan a mil cosas esenciales.
Son estribillos de estribillos.
Entre los juncos y la baja-tarde,
¡qué raro que me llame Federico!



MUERTE DE ANTOÑITO EL CAMBORIO

Voces de muerte sonaron
cerca del Guadalquivir.
Voces antiguas que cercan
voz de clavel varonil.
Les clavó sobre las botas
mordiscos de jabalí.
En la lucha daba saltos
jabonados de delfín.
Bañó con sangre enemiga
su corbata carmesí,
pero eran cuatro puñales
y tuvo que sucumbir.
Cuando las estrellas clavan
rejones al agua gris,
cuando los erales sueñan
verónicas de alhelí,
voces de muerte sonaron
cerca del Guadalquivir.

Antonio Torres Heredia,
Camborio de dura crin,
moreno de verde luna,
voz de clavel varonil:
¿Quién te ha quitado la vida
cerca del Guadalquivir?
Mis cuatro primos Heredias,
hijos de Benamejí.
Lo que en otros no envidiaban,
ya lo envidiaban en mí.
Zapatos color corinto,
medallones de marfil,
y este cutis amasado
con aceituna y jazmín.
¡Ay Antoñito el Camborio
digno de una Emperatriz!
Acuérdate de la Virgen
porque te vas a morir,
¡Ay Federico García!
llama a la Guardia Civil.
Ya mi talle se ha quebrado
como caña de maíz.
Tres golpes de sangre tuvo,
y se murió de perfil.
Viva moneda que nunca



FEDERICO GARCÍA LORCA

se volverá a repetir.
Un ángel marchoso pone
su cabeza en un cojín.
Otros de rubor cansado,
encendieron un candil.
Y cuando los cuatro primos
llegan a Benamejí,
voces de muerte cesaron
cerca del Guadalquivir.

Jorge Luis Borges

BUENOS AIRES, ARGENTINA.
1899-1986

LÍMITES

De estas calles que ahondan el poniente,
Una habrá (no sé cuál) que he recorrido
Ya por última vez, indiferente
Y sin adivinarlo, sometido

A Quien prefija omnipotentes normas
Y una secreta y rígida medida
A las sombras, los sueños y las formas
Que destejen y tejen esta vida.

Si para todo hay término y hay tasa
Y última vez y nunca más y olvido
¿Quién nos dirá de quién, en esta casa,
Sin saberlo, nos hemos despedido?

Tras el cristal ya gris la noche cesa
Y del alto de libros que una trunca
Sombra dilata por la vaga mesa,
Alguno habrá que no leeremos nunca.

Hay en el Sur más de un portón gastado
Con sus jarrones de mampostería
Y tunas, que a mi paso está vedado
Como si fuera una litografía.

Para siempre cerraste alguna puerta
Y hay un espejo que te aguarda en vano;
La encrucijada te parece abierta
Y la vigila, cuadrifronte, Jano.

Hay, entre todas tus memorias, una
Que se ha perdido irreparablemente;
No te verán bajar a aquella fuente
Ni el blanco sol ni la amarilla luna.

No volverá tu voz a lo que el persa
Dijo en su lengua de aves y de rosas,
Cuando al ocaso, ante la luz dispersa,
Quieras decir inolvidables cosas.

¿Y el incesante Ródano y el lago,
Todo ese ayer sobre el cual hoy me inclino?
Tan perdido estará como Cartago
Que con fuego y con sal borró el latino.

Creo en el alba oír un atareado
Rumor de multitudes que se alejan;
Son lo que me ha querido y olvidado;
Espacio y tiempo y Borges ya me dejan.

POEMA DEL CUARTO ELEMENTO

El dios a quien un hombre de la estirpe de Atreo
Apresó en una playa que el bochorno lacera,
Se convirtió en león, en dragón, en pantera,
En un árbol y en agua. Porque el agua es Proteo.

Es la nube, la irrecordable nube, es la gloria
Del ocaso que ahonda, rojo, los arrabales;
Es el Maelström que tejen los vórtices glaciales,
Y la lágrima inútil que doy a tu memoria.

Fue, en las cosmogonías, el origen secreto
De la tierra que nutre, del fuego que devora,
De los dioses que rigen el poniente y la aurora.
(Así lo afirman Séneca y Tales de Mileto.)

El mar y la moviente montaña que destruye
A la nave de hierro sólo son tus anáforas,
Y el tiempo irreversible que nos hiere y que huye,
Agua, no es otra cosa que una de tus metáforas.

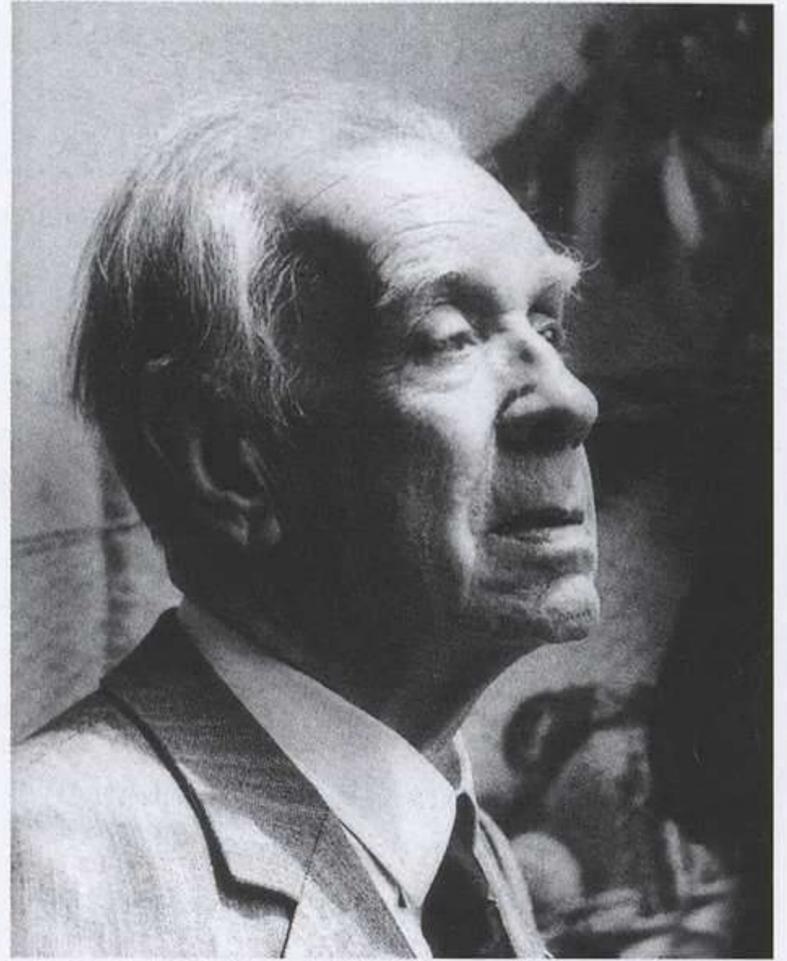
Fuiste, bajo ruinosos vientos, el laberinto
Sin muros ni ventana, cuyos caminos grises
Largamente desviaron al anhelado Ulises,
De la Muerte segura y el Azar indistinto.

Brillas como las crueles hojas de los alfanjes,
Hospedas, como el sueño, monstruos y pesadillas.
Los lenguajes del hombre te agregan maravillas
Y tu fuga se llama el Éufrates o el Ganges.

(Afirman que es sagrada el agua del postrero,
Pero como los mares urden oscuros canjes
Y el planeta es poroso, también es verdadero
Afirmar que todo hombre se ha bañado en el Ganges.)

De Quincey, en el tumulto de los sueños, ha visto
Empedrase tu océano de rostros, de naciones;
Has aplacado el ansia de las generaciones,
Has lavado la carne de mi padre y de Cristo.

Agua, te lo suplico. Por este soñoliento
Nudo de numerosas palabras que te digo,
Acuérdate de Borges, tu nadador, tu amigo.
No faltes a mis labios en el postrer momento.



JORGE LUIS BORGES

Jorge Luis Borges

ELEGÍA

Oh destino el de Borges,
haber navegado por los diversos mares del mundo
o por el único y solitario mar de nombres diversos,
haber sido una parte de Edimburgo, de Zürich, de las dos Córdoba,
de Colombia y de Texas,
haber regresado, al cabo de cambiantes generaciones,
a las antiguas tierras de su estirpe,
a Andalucía, a Portugal y a aquellos condados
donde el sajón guerreó con el danés y mezclaron sus sangres,
haber errado por el rojo y tranquilo laberinto de Londres,
haber envejecido en tantos espejos,
haber buscado en vano la mirada de mármol de las estatuas,
haber examinado litografías, enciclopedias, atlas,
haber visto las cosas que ven los hombres,
la muerte, el torpe amanecer, la llanura
y las delicadas estrellas,
y no haber visto nada o casi nada
sino el rostro de una muchacha de Buenos Aires,
un rostro que no quiere que lo recuerde.
Oh destino de Borges,
tal vez no más extraño que el tuyo.

Rafael Porlán

CÓRDOBA, 1899-1945

/QUISIERA TENER UN NOMBRE.../

Quisiera tener un nombre
que me pusiera de bulto
donde tropezara el aire,
que me cuajara completo,
reunido contra la lluvia,
como una estatua de parque
o una cifra en la solapa.
No quiero que no me encuentren
mis dedos siempre buscando
hueso a la niebla, mis ojos
buscándole siempre muros
a la nada y al viaje.
No quiero verme pasar
por los arroyos, a gusto
de las nubes, de las horas,
del olor de los habares,
hacia mástiles y velas,
faroles verdes llorando,
cantares de pelo negro,
pinos y cosas así.
Quisiera tener un nombre
como lo tienen los barcos,
en el costado, cosiendo
con sílabas las heridas
para que yo no me salga,
para que no salgan pasos,
llantos, sueños, alegrías,
ni nada que me disuelva
ese peso que me pido
con un buen hombro de veras
donde se apoye la mano
que me diga Rafael.



EMILIO PRADOS

Emilio Prados

MÁLAGA. 1899-1962

ABRIL DE DIOS

«¿Adónde vas, Emilio?...»

(Quien me llama soy yo:
el viento entre los árboles.)

¿El viento yo? No; el viento
no conoce, no ve
no puede hallar mi nombre...)

«¿Adónde vas, Emilio?»

(Quien me llama soy yo:
una nube en el cielo.)

A large, stylized handwritten signature in green ink. The signature is written in a cursive, flowing style and is positioned diagonally across the lower left portion of the page. It appears to be the name 'Emilio Prados'.

¿Una nube?...

La tierra
está labrada.
¡Llueve!
Siento entrar gota a gota
a la lluvia en mi cuerpo...)

«¿Adónde vas, Emilio?»

(¡Habló la lluvia! ¿No?
Sobre la tierra cae
naturalmente en paz...
¡Llueve sobre el barbecho!)

«¿Adónde vas, Emilio?»

(La piel de mi costado
cruje, gime y se parte.
¡Mi sangre es una herida!
Broto a mi libertad:
nazco por mi costado...)

«Emilio: ¿adónde vas? ...»

(Un verde diminuto,
tierno, tierno, tiernísimo,
va subiendo de mí. ,
Sube y subo: ¡salimos!
Blanquísimo es el pie
que me oculta en la tierra...)

«Emilio: ¿adónde vas? ...»

(Quien me llama soy yo.
¡Tal vez existo! Acaso
siempre he sido la tierra,
el cielo y Dios...
¡Su yerba diminuta!)

«¿Adónde vas, Emilio?»

(Levanto mis pestañas
cubiertas de rocío.)

«¿Adónde vas, Emilio?»
oigo en mi voz la yerba...

«¡No llores —dice el viento—
ya amanece en mis lágrimas:
seremos pronto Abril
y en él, los tres, Emilio!...»

(Sale el sol, se va el sol,
viene y se va la luna...)
«¿En dónde estás, Emilio? ...»

¡Canto otra vez!
¡Y Dios
siempre naciendo!

Juan Chabás

DENIA, ALICANTE. 1900-1954

VEINTE POEMAS DE AMOR Y UNA CANCIÓN DEDICADA

I

Con doble dedicatoria,
tras el amarillo, el gris,
Vives, Mariana y Vitoria,
la guerra y paz en un tris,
y tú, para mí, la gloria.
¿Se puede, Aída, ser más?
Firmo, pues, soy Juan Chabás.

A MÍ MISMO CON UN POQUITO DE TERNURA

¡Don Juan, eres un idiota!
Se te nota
si te mira al derecho,
si se te mira al revés.
No lo tomes muy a pecho.
¡Cada cual es como es!
¡Y lo ves!

Memo, tonto, bobo, idiota.
Cabezota
pelada al cero, melón
de agua chirle y de serrín,
hecho para el coscorrón.
¡Y tú, mirlo bobo, sin
verlo al fin!

¡Don Juan, eres un idiota!
¡Qué derrota!
Te creías escritor,
presumías de poeta,
y eres un pobre veleta
burlado, no burlador
¡qué puñeta!

¡Mírate, Don Juan idiota!
¡cabezota!
Te empecinas en creer
que coges rosas al alba
y olvidas tu sucia calva
y tu mustio parecer.
¡Ay, Don Juan, triste melón!
¡Vete ya al Diablo con tu vozarrón!

Luis Cernuda

SEVILLA. 1902-1963

Luis Cernuda

PARA TI, PARA NADIE

Pues no basta el recuerdo,
Cuando aún queda tiempo,

Alguno que se aleja
Vuelve atrás la cabeza,

O aquel que ya se ha ido,
En algo posesivo,

Una carta, un retrato,
Los materiales rasgos

Busca, la fiel presencia
Con realidad terrena,

Y yo, este Luis Cernuda
Incógnito, que dura

Tan sólo un breve espacio
De amor esperanzado,

Antes que el plazo acabe
De vivir, a tu imagen

Tan querida me vuelvo
Aquí, en el pensamiento,

Y aunque tú no has de verlas,
Para hablar con tu ausencia

Estas líneas escribo,
Únicamente por estar contigo.



LUIS CERNUDA

Rafael Alberti

EL PUERTO DE SANTA MARÍA, CÁDIZ.
1902-1999

Rafael Alberti

EL TONTO DE RAFAEL (AUTORRETRATO BURLESCO)

Por las calles, ¿quién aquel?
¡El tonto de Rafael!

Tonto llovido del cielo,
del limbo, sin un ochavo.
Mal pollito colipavo,
sin plumas, digo, sin pelo.
¡Pío-pic!, pica, y al vuelo
todos le pican a él.

¿Quién aquel?
¡El tonto de Rafael!

Tan campante, sin carrera,
no imperial, sí tomatero,
grillo tomatero, pero
sin tomate en la grillera.
Canario de la fresquera,
no de alcoba o mirabel.

¿Quién aquel?
¡El tonto de Rafael!

Tontaina, tonto del higo,
rodando por las esquinas
bolas, bolindres, pamplinas
y pimientos que no digo.
Mas nunca falta un amigo
que le mendigue un clavel.

¿Quién aquel?
¡El tonto de Rafael!

Patos con gafas, en fila,
lo raptarán tontamente

en la berlina inconsciente
de San Jinojito el lila.
¿Qué runrún, qué retahíla
sube el cretino eco fiel?

¡Oh, oh, pero si es aquel
el tonto de Rafael!



RAFAEL ALBERTI

César González-Ruano

MADRID. 1903-1965



CÉSAR GONZÁLEZ-RUANO

BALADA DE CHERCHE-MIDI

(Fragmento)

Ladran lunas fingidas, imitadas estrellas,
planetas que vivieron veinticinco minutos,
soles de la ribera, balandros con mi nombre,
rebaños de olivares, vacas de mis abuelos,
lloran, telefonan en inglés e italiano,
en francés que se olvida y español que se aprende
porque todos recuerdan el calor de mi sangre.
(Marqués que te nos mueres entre números nones
que entre números pares nos vomita el alma:
porque así era mí vida y ahora es otra cosa).

Lloran tristes toreros en la violenta plaza
del pensamiento y toros en marismas de éter,
en prados diminutos de los ojos amantes
de vacas inventadas pastan, rumian, escarban
tierras, arqueología, sepultados Toledos,
Atlántidas hundidas en cinco cuartos de hora;
caracolas sabían que no el alma y sí el cuerpo
vuela al cielo la baba hecha ternura,
Hamlets provisionales, Margaritas, Onanes
me recuerdan, me hablan, sufren ya de mí mismo,
sonrisas bailadoras baten piernas, persianas,
lejos de la memoria calles, gases, suicidios,
Baudelaires, Marlenes, Mayas que orinan mares
sobre las cinco letras de mí nombre de César.

Carmen Conde

CARTAGENA. 1907-1996

CUANDO ME VAYA DE AQUÍ

Cuando me vaya de aquí,
¡qué cansada de vida, qué repleta de vida
me enterrarán!

Ni siquiera una décima parte de Carmen alienta
lo que Carmen podría vivir.
Cuerpos y cuerpos, jardines,
cabelleras de olorosa hierba;
volcanes de tremenda voz.

Pero yo, limitada a lo mínimo.
Yo, atragantándome de mí.

José Antonio Muñoz Rojas

ANTEQUERA, MÁLAGA. 1909

CANTOS A ROSA

I

Me la encontré de pronto. Dije: ¡Rosa!,
¿por este corazón tú nuevamente?
Tú, la Rosa de siempre inesperada,
la dolorosa Rosa por quien vivo
espiando la hermosura, por si en ella
vas ignorada, vas como las nubes
o la belleza por la noche, mientras
nosotros en el suelo. Así, de pronto.
¿Cómo esperar de pronto que en setiembre
ocupado en las cosas de setiembre,
en esperar la lluvia, arar el campo
o fatigar el monte, tú vinieras
tan alegre diciendo: «José mío,
¿si vieras qué hermosura de viaje!»?



José Antonio Muñoz Rojas

Miguel Hernández

ORIHUELA, ALICANTE. 1910-1942

ME LLAMO BARRO...

Me llamo barro aunque Miguel me llame.
Barro es mi profesión y mi destino
que mancha con su lengua cuanto lame.
Soy un triste instrumento del camino.
Soy una lengua dulcemente infame
a los pies que idolatro, desplegada.

Como un nocturno buey de agua y barbecho
que quiere ser criatura idolatrada,
embisto a tus zapatos y a sus alrededores,
y hecho de alfombras y de besos hecho
tu talón que me injuria beso y siembro de flores.

Coloco relicarios de mi especie
a tu talón mordiente, a tu pisada,
y siempre a tu pisada me adelanto
para que tu impasible pie desprecie
todo el amor que hacia tu pie levanto.

Más mojado que el rostro de mi llanto,
cuando el vidrio lanar del hielo bala,
cuando el invierno tu ventana cierra
bajo a tus pies un gavilán de ala,
de ala manchada y corazón de tierra.

Bajo a tus pies un ramo derretido
de humilde miel pataleada y sola,
un despreciado corazón caído
en forma de alga y en figura de ola.

Barro, en vano me invisto de amapola,
barro, en vano vertiendo voy mis brazos,
barro, en vano te muerdo los talones,
dándote a malheridos aletazos
sapos como convulsos corazones.

Apenas si me pisas, si me pones
la imagen de tu huella sobre encima,
se despedaza y rompe la armadura
de arroje bipartido que me ciñe la boca

en carne viva y pura,
pidiéndote a pedazos que la oprima
siempre tu pie de liebre libre y loca.

Su taciturna nata se arracima,
los sollozos agitan tu arboleda
de lana cerebral bajo tu paso.

Y pasas, y se queda incendiando
tu cera de invierno ante el ocaso,
mártir, alhaja y pasto de la rueda.

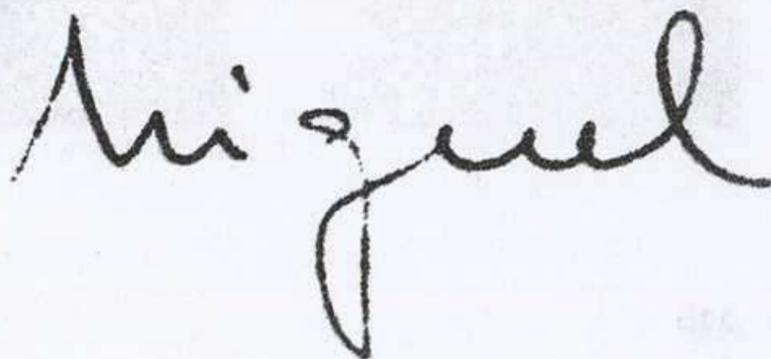
Harto de someterse a los puñales
circulantes del carro y la pezuña
teme del barro un parto de animales
de corrosiva piel y vengativa uña.

Teme que el barro crezca en un momento,
teme que crezca y suba y cubra tierna,
tierna y celosamente
tu tobillo de junco, mi tormento,
teme que inunde el nardo de tu pierna
y crezca más y ascienda hasta tu frente.

Teme que se levante huracanado
del blando territorio del invierno
y estalle y truene y caiga diluviado
sobre tu sangre duramente tierno.

Teme un asalto de ofendida espuma
y teme un amoroso cataclismo.

Antes que la sequía lo consuma
el barro ha de volverte de lo mismo.



Luis Rosales

GRANADA. 1910-1992

LA CASA ENCENDIDA

(fragmento)

Y AHORA JUAN SE REÍA, Y SEGUÍA HABLANDO Y SE REÍA,
tropezando un poquito en las palabras,
tropezando en la risa,
como cuando los niños bajan, saltando alegremente de dos en dos, los peldaños de una escalera.
—No es rubia, Luis,
si tú supieras hasta cuándo no es rubia,
si tú supieras hasta cuándo no ha sido nunca así,
sino trigueña y candeal y doliendo a madera,
y humildemente alta porque era tímida de estatura;
si tú supieras, Luis, cómo sigue escondiéndose aún en los ojos que tiene,
en los ojos que son como una herida que mana sangre nuestra,
y por eso nos duelen cuando miran—.

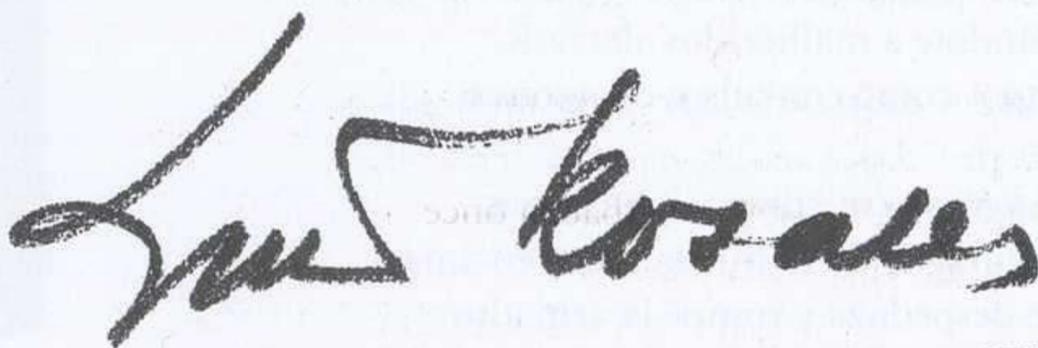
ESTABA HABLANDO PARA SIEMPRE, VIVIENDO PARA SIEMPRE, ARDIENDO PARA SIEMPRE,

y como me extrañaba su ardentía,
y como hablaba de tal modo,
que sus palabras, después de dichas, se quedaban inmóviles,
se quedaban completamente siendo
y se me convertían ante los ojos en cosas verdaderas,
yo le dije:

—Y sabes, Juan, que hablas
como si todavía la siguieras queriendo—;

pero anochece
cuando la luz termina de decir su palabra sobre el mundo,
cuando la luz

—Hasta mañana, Luis—



Luis Rosales

Blas de Otero

BILBAO. 1916-1979

CANTATA DE AMIGO

¿Dónde está Blas de Otero? Está dentro del sueño, con los ojos abiertos.
¿Dónde está Blas de Otero? Está en medio del viento, con los ojos abiertos.
¿Dónde está Blas de Otero? Está cerca del miedo, con los ojos abiertos.
¿Dónde está Blas de Otero? Está rodeado de fuego, con los ojos abiertos.
¿Dónde está Blas de Otero? Está en el fondo del mar, con los ojos abiertos.
¿Dónde está Blas de Otero? Está con los estudiantes y obreros con los ojos abiertos.
¿Dónde está Blas de Otero? Está en la bahía de Cienfuegos, con los ojos abiertos.
¿Dónde está Blas de Otero? Está en Vietnam del Sur, invisible entre los guerrilleros.
¿Dónde está Blas de Otero? Está echado en su lecho, con los ojos abiertos.
¿Dónde está Blas de Otero? Está muerto, con los ojos abiertos.

A LA INMENSA MAYORÍA

Aquí tenéis, en canto y alma, al hombre
aquel que amó, vivió, murió por dentro
y un buen día bajó a la calle: entonces
comprendió: y rompió todos sus versos.

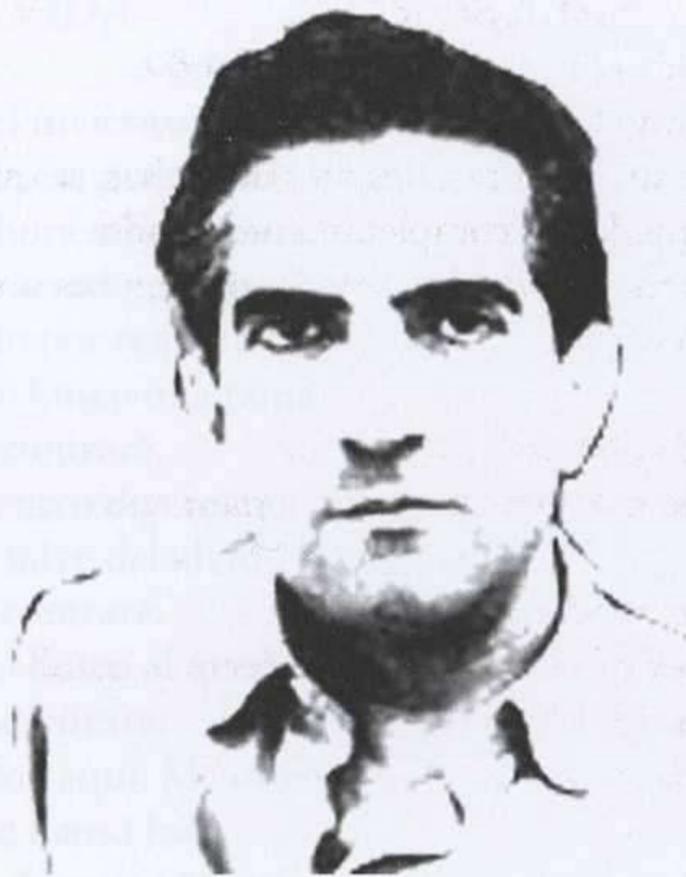
Así es, así fue. Salió una noche
echando espuma por los ojos, ebrio
de amor, huyendo sin saber adónde:
adonde el aire no apestase a muerto.

Tiendas de paz, brizados pabellones,
eran sus brazos, como llama al viento;
olas de sangre contra el pecho, enormes
olas de odio, ved, por todo el cuerpo.

¡Aquí! ¡Llegad! ¡Ay! Ángeles atroces
en vuelo horizontal cruzan el cielo;
horribles peces de metal recorren
las espaldas del mar, de puerto a puerto.

Yo doy todos mis versos por un hombre
en paz. Aquí tenéis, en carne y hueso,
mi última voluntad. Bilbao, a once
de abril, cincuenta y tantos.

BLAS DE OTERO



BLAS DE OTERO

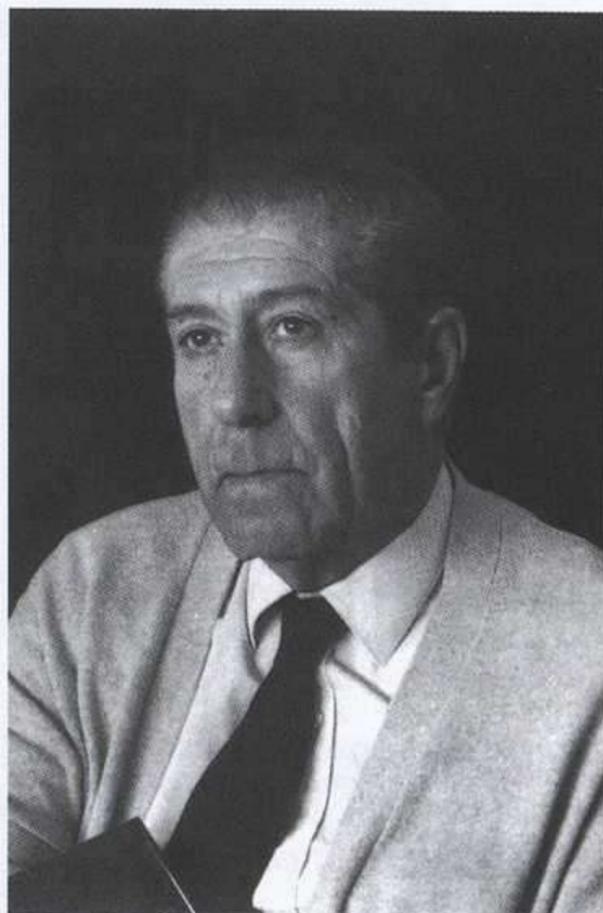
Mario López

BUJALANCE, CÓRDOBA. 1918

Te miro a los ojos
y no te comprendo.
Cuando tú me miras
yo a ti no te veo.

Te miro a los ojos
y a veces te creo
llegada de un mundo
que no, que no entiendo.

(Te miro a los ojos
y en ellos encuentro
dos Marios soñando
contigo allá dentro...)



MARIO LÓPEZ

José Hierro

MADRID, 1922

LAS NUBES

Inútilmente interrogas.
Tus ojos miran al cielo.
Buscas, detrás de las nubes,
huellas que se llevó el viento.

Buscas las manos calientes,
los rostros de los que fueron,
el círculo donde yerran
tocando sus instrumentos.

Nubes que eran ritmo, canto
sin final y sin comienzo,
campanas de espumas pálidas
volteando su secreto,

palmas de mármol, criaturas
girando al compás del tiempo,
imitándole a la vida
su perpetuo movimiento.

Inútilmente interrogas
desde tus párpados ciegos.
¿Qué haces mirando a las nubes,
José Hierro?



JOSÉ HIERRO

José Hierro

FE DE VIDA

Sé que el invierno está aquí,
detrás de esa puerta. Sé
que si ahora saliese fuera
lo hallaría todo muerto,
luchando por renacer.
Sé que si busco una rama
no la encontraré.
Sé que busco una mano
que me salve del olvido
no la encontraré.
Sé que si busco al que fui
no lo encontraré.
Pero estoy aquí. Me muevo,
vivo. Me llamo José
Hierro. Alegría (Alegría
que está caído a mis pies).
Nada en orden. Todo roto,
a punto de ya no ser.

Pero toco la alegría,
porque aunque todo esté muerto
yo aún estoy vivo y lo sé.

Alfonso Canales

MÁLAGA. 1923

GRAN FUGA (Fragmento)

Algo nuevo se siente:
que el costado derecho
le duele a algún demonio familiar; que la cita
no cumplió como uno quisiera; que las voces
abandonan a Juana,
y el dios, a Antonio; que este bravo mundo
no está bien hecho... El nadador se aferra
a un madero: apetece
dormir. Oh, sí, algo nuevo
se siente. Estáte quieta.
¿No oyes? (Es la prisa
del corazón.) Escucha
otra vez. (Es el aire.)
¿No es nadie el aire? —dijo
alguien que es nadie ya. Tal vez seamos
nadies que nacen, nadies que respiran,
que, desde nadie a nadie,
con nadie aman (creen amar), en alto
nadie esperan y sueñan, con pequeños
nadies, con nadies-nadies entretienen
sus ocios. Tal vez no. Porque hoy he dicho
en mi casa —la casa
de Alfonso (y no es muy raro
que no me llame Federico)—, ayer,
mañana, dije,
diré, diciendo voy que voy al sitio
de siempre: y es mentira, porque siempre
es mentira; se viste con el traje
de siempre, pero falta
a la verdad. Camino, caminaba,
caminaré (algo nuevo
se siente: que no cabe
la vida ya en el marco de la apagada fronda;
que el surco se ha estrechado...), vamos a irnos yendo,
mi vida (apaga un poco
la música), mi cielo. Dios existe
y está azul, como tú si te desnudas
a medias, y la flauta
y el tambor me proclaman
que es primavera, igual que en las edades
de Messala Corvino;
que están los pájaros cantando,
y vivo todavía,
y algo nuevo se siente.

Alfonso Canales

Ángel González

OVIEDO. 1925

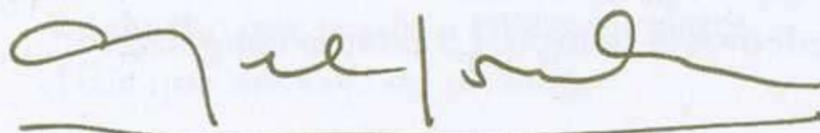
PARA QUE YO ME LLAME ÁNGEL GONZÁLEZ

Para que yo me llame Ángel González,
para que mi ser pese sobre el suelo,
fue necesario un ancho espacio
y un largo tiempo:
hombres de todo mar y toda tierra,
fértiles vientres de mujer, y cuerpos
y más cuerpos, fundiéndose incesantes
en otro cuerpo nuevo.
Solsticio y equinoccios alumbraron
con su cambiante luz, su vario cielo,
el viaje milenario de mi carne
trepando por los siglos y los huesos.
De su pasaje lento y doloroso,
de su huida hasta el fin, sobreviviendo
naufragios, aferrándose
al último suspiro de los muertos,
yo no soy más que el resultado, el fruto,
lo que queda, podrido, entre los restos;
esto que veis aquí,
tan sólo esto:
un escombros tenaz, que se resiste
a su ruina, que lucha contra el viento,
que avanza por caminos que no llevan
a ningún sitio. El éxito
de todos los fracasos. La enloquecida
fuerza del desaliento...

ME BASTA ASÍ

Si yo fuese Dios
y tuviese el secreto,
haría
un ser exacto a ti;
lo probaría
(a la manera de los panaderos
cuando prueban el pan, es decir:
con la boca),
y si ese sabor fuese
igual al tuyo, o sea

tu mismo olor, y tu manera
de sonreír,
y de guardar silencio,
y de estrechar mi mano estrictamente,
y de besarnos sin hacernos daño
—de esto sí estoy seguro: pongo
tanta atención cuando te beso—;
entonces,
si yo fuese Dios,
podría repetirte y repetirte,
siempre la misma y siempre diferente,
sin cansarme jamás del juego idéntico,
sin desdeñar tampoco la que fuiste
por la que ibas a ser dentro de nada;
ya no sé si me explico, pero quiero
aclarar que si yo fuese
Dios, haría
lo posible por ser Ángel González
para quererte tal como te quiero,
para aguardar con calma
a que te crees tú misma cada día,
a que sorprendas todas las mañanas
la luz recién nacida con tu propia
luz, y corras
la cortina impalpable que separa
el sueño de la vida,
resucitándome con tu palabra,
Lázaro alegre,
yo,
mojado todavía
de sombras y pereza,
sorprendido y absorto
en la contemplación de todo aquello
que, en unión de mí mismo,
recuperas y salvas, mueves, dejas
abandonado cuando —luego— callas...
(Escucho tu silencio.
Oigo
constelaciones: existes.
Creo en ti.
Eres.
Me basta.)



Eugenio de Nora

ZACOS, LEÓN, 1923

UN DEBER DE ALEGRÍA

¿Yo fui triste?
En la noche
siento que avanza el mundo como el amor de un
cuerpo,
como la pobre vida, combatida y cansada
aún encuentra en la noche la ceguedad del
cuerpo,
la ternura del cuerpo
queriéndose, buscando
en quién querer, con manos
deslumbradas y humanas.

Todavía, mientras dura la noche,
mientras la soledad, tan tuya,
y la inmensa tristeza, sedienta y sin sosiego
de los que multiplican tu soledad en mundo
funden —Eugenio, España- una tiniebla sola,
todavía
algo queda en el alma, y si aprietas los ojos
por despertar, por no creer la sombra,
aún fragmentos de aurora la sangre te daría.

Cuando la pobre gente de nuestro pueblo llega
del sudor y del polvo, del trabajo vendido
con el alma cerrada, cuando
llega y encuentra el día que se acaba temblando
en la lumbre cocida y alimenticia, llega
y cae, la pobre gente oscura,
derribada en las sillas; y encuentra la sonrisa
todavía, la hermosa, prodigiosa sonrisa
—si hay algo prodigioso— del viviente que tiene
aún no lo necesario;

entonces, duramente,
algo en mí se incorpora, y siento, sin remedio,
un deber de alegría.

No hay fatiga. Nosotros
excedemos el tiempo. La estatua congelada

detenida en las calles, nosotros estrechamos
su mano y la fundimos.

Ellos, ellos,
quienes casi no viven, y esperan, me lo dicen,
y yo puedo escucharlo.

Nunca sueña quien ama, nunca
está solo. La pujanza es idéntica.
De la rosa ofrecida
al amor, a la piedra
fijada con amor, a las balas
hundidas y enseñadas
por amor, todo avanza
y edifica; ¡Despierta!

Y enemigo, expulsado de la tristeza, siento
cómo la aurora iza su bandera rociada.



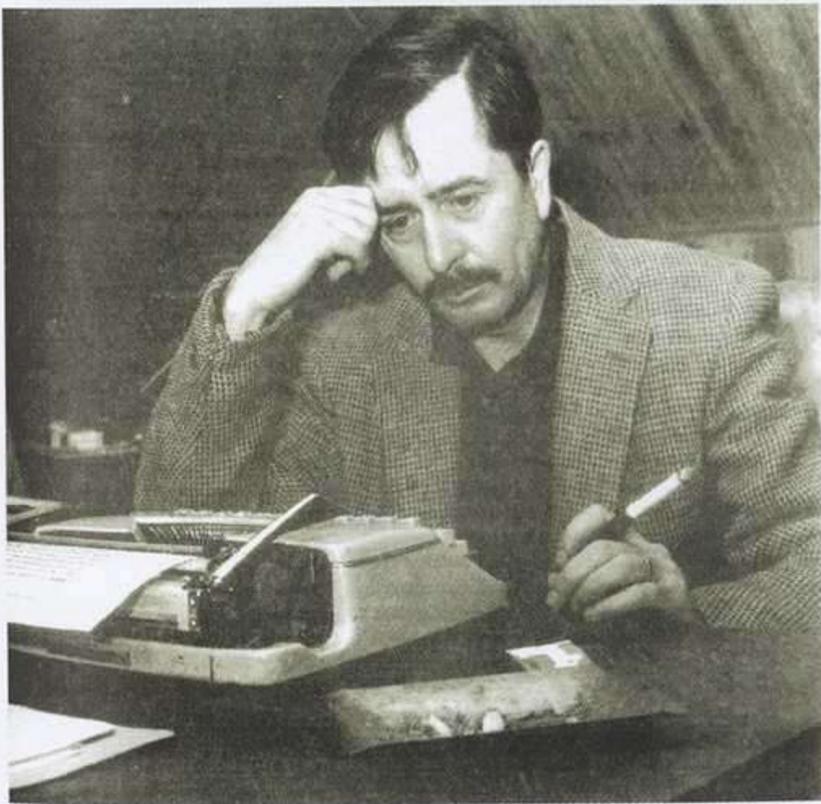
EUGENIO DE NORA

Carlos Edmundo de Ory

CÁDIZ. 1923

FONEMORAMAS

Si canto soy un cantueso
Si leo soy un león
Si emano soy una mano
Si amo soy un amasijo
Si lucho soy un serrucho
Si como soy como soy
Si río soy un río de risa
Si duermo enfermo de dormir
Si fumo me fumo hasta el humo
Si hablo me escucha el diablo
Si miento invento una verdad
Si me hundo me Carlos Edmundo



CARLOS EDMUNDO DE ORY

Manuel Alcántara

MÁLAGA. 1925

CARNET DE IDENTIDAD

Nadie avisó. Más tarde o más temprano
se supusieron que lo aprendería.
Nadie me dijo: riega a la alegría,
los muertos son terreno de secano.

Todo lo que me importa está lejano.
Si yo hubiera sabido a qué venía
os juro que vivir —yo que sabía—
no me hubiera ganado por la mano.

Me dijeron vivir a quemarropa:
siglo xx —acordaron—, en Europa,
en Málaga, en enero y en Manolo.

Todo lo dispusieron: hambre y guerra,
España dura, noche y día, tierra
y mares... luego me dejaron solo.

SONETO PARA PEDIR POR MANUEL

Te digo a ti, Manuel —que los dos juntos
hicimos el desastre—, échame un cable
desde mi corazón. No hagas que hable:
no nos van bien del todo los asuntos.

Se entusiasman estatuas y difuntos
cuando tú y yo pensamos que es probable
resucitar un día. Lo admirable
es que estamos los dos ganando puntos.

Los dos perdiendo días por el suelo,
defendiendo los dos un baluarte
rendido de antemano y siempre alzado.

Lástima que no encuentre en ti consuelo,
muchacho que te irás a cualquier parte
el día que me vaya de mi lado.

Pablo García Baena

CÓRDOBA. 1923

DELLOS

Alza la frente de almenados bucles
entre montañas, roto perfil póstumo,
cuyos cabellos negros como el bosque
carmena el lobo.

Alza la frente y vuelve tu mirada
al apagado astro de la tierra;
ningún augur dijo de tu ruina,
altiva Delfos.

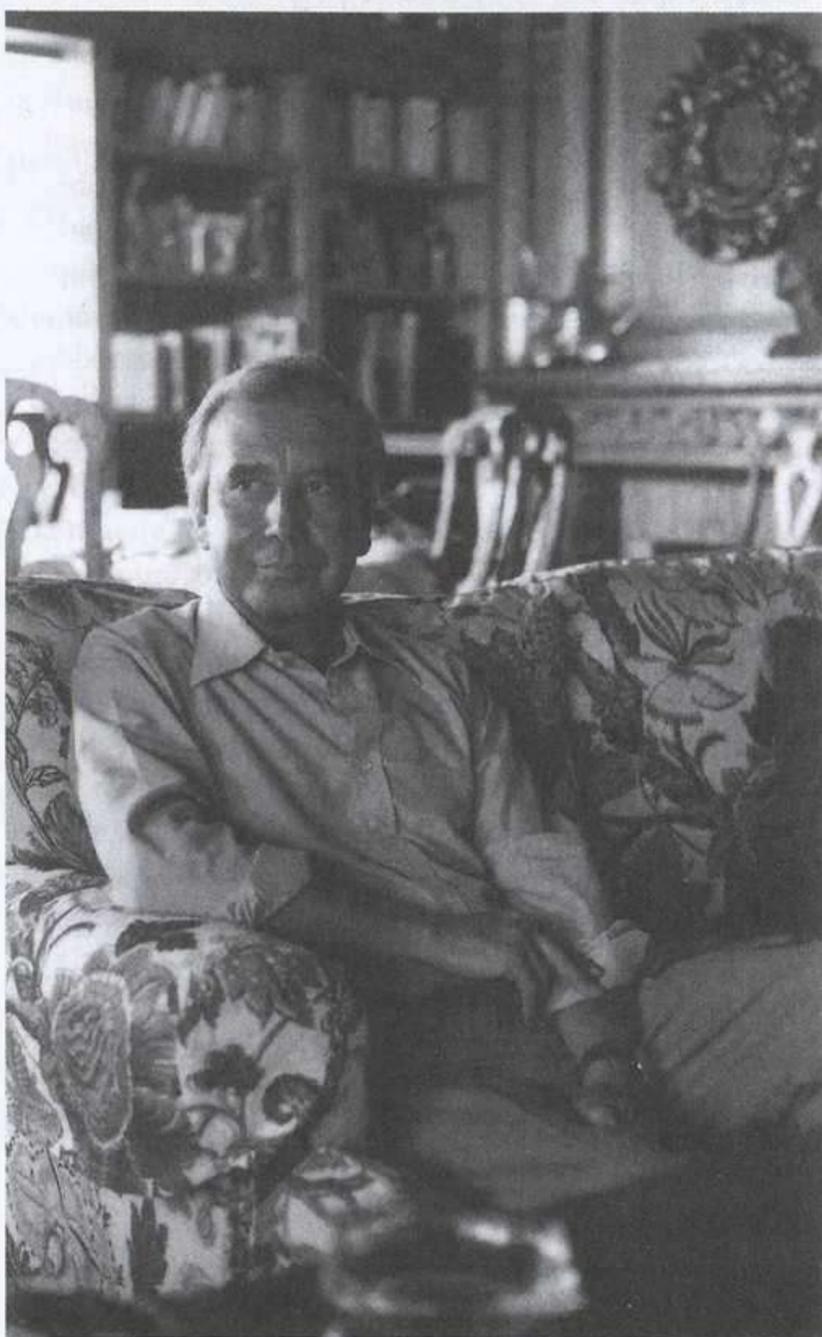
Inertes aras tenazmente mudas
ocultan signos, amordazan lenguas,
mientras altos vigilan al acecho
feroces dioses.

¿Dónde tu voz? Carneros otomanos
gotearon su lardo por tus mármoles
y el exarca cubrió de joyas bárbaras
apoxiomenos.

Crecieron tus laureles para el cónsul,
el dux, el victorioso, los tiranos;
te asolaron sacrílegas pezuñas
del bestiario.

Olvido fue cerniendo las arenas.
Fugaz nube es la púrpura... Fielmente
el jaramago erige gualdas flautas,
hímnicos cantos.

¿Qué esperas del oráculo, Pablo García Baena,
si tu vida es recuerdo, tapiado columbario
donde un cadáver se deshace
celosamente embalsamado por ti de algalias olorosas
y están tus pasos numerados como un libro
que dudoso repasas a la lámpara
y donde sólo falta el colofón
y las exequias en final viñeta?
¿Qué intentas que te diga esa velada Pitia,
esa obstinada esperanza furiosa
que se remueve como alimaña entre el heno segado,



PABLO GARCÍA BAENA

si para ti ya ha muerto el amor y los días
son naipes que abandonas de un juego ya perdido?
¿Qué haces en la noche de Delfos,
junto al abismo que arañan los olivos,
con el lejano pavés del mar sagrado
centelleante a la indecisa luna
y el canto de los alemanes de un «tour»
profanando la calma augusta de las piedras?
Si ya el aviso de la anocheciente corneja
sonó lóbrego
y Apolo huyó de ti llevándose la luz,
¿no será esta la noche del balance,
noche de la balanza donde arrojes tus días,
los mortales obsequios oferentes,
solitario, pobre, triste, casi cincuenta años,
tímido, huraño, callado y sonriente
Pablo García Baena?

Despójate del íntimo pingajo,
del último jirón, tiernos harapos
enmadreciendo heridas, zarpas, gritos,
y avanza solo en la noche hacia el enigma,
desnudo hacia la voz, al desolado
carril de tu destino. Miente, habla,
silente trípode.



JULIA UCEDA

Julia Uceda

SEVILLA, 1926

LA TRAMPA

Julia Uceda, qué has hecho de tu sombra.
Mujer sin huella, cuerpo
sin apellido,
denominas al humo, a las lluvias y al viento.
A todo lo que pase y se borre y se pierda.

Has buscado una voz por donde había
viejos mitos desiertos.
Has adorado dioses derribados
en hondos agujeros
y ahora todas las aguas de la tierra
lloran desde los montes por tu cuerpo
donde muere la muerte. Y donde muere
la vida al mismo tiempo.
Mujer con los brazos mojados
en el antiguo corazón de un cuento,
con las espaldas frente al Todo
y las pupilas derribando miedos,
las viejas madres-muertes harán rondas
para que pudra tu secreto,
y escuches en los muros de tu vientre
un golpear de pétalos y huesos
y graves caracoles masculinos
en las tardes de invierno.
Te rozarán la frente largas dudas
como ásperas lenguas de perro.
Escupirán inviernos en tu llama
porque has jugado con su fuego
y mostrarán de ti, cuando te vayas,
un helado cerebro.

Luis Feria

SANTA CRUZ DE TENERIFE. 1927-1998

NOMBRE

Hambre de Dios resulta que me llamo.
Hambre de Dios y de su mano abierta,
de encontrarlo velándome la puerta
y escucharle decir «Yo te reclamo».

El cuerpo se desgaja como un ramo
del que pende una luz sin brillo, muerta;
se me dobla la savia, se me yerta
y regresa a la tierra de su amo.

Hambre de Dios no me la quita el pan
ni el agua por la lengua amarga: van
ayudando a vivir, pero eso es todo.

Si me llama la gente te repito
que no me llamo así, que es infinito
afán de Dios mi nombre, Luis mi apodo.

Jaime Gil de Biedma

BARCELONA. 1929-1990

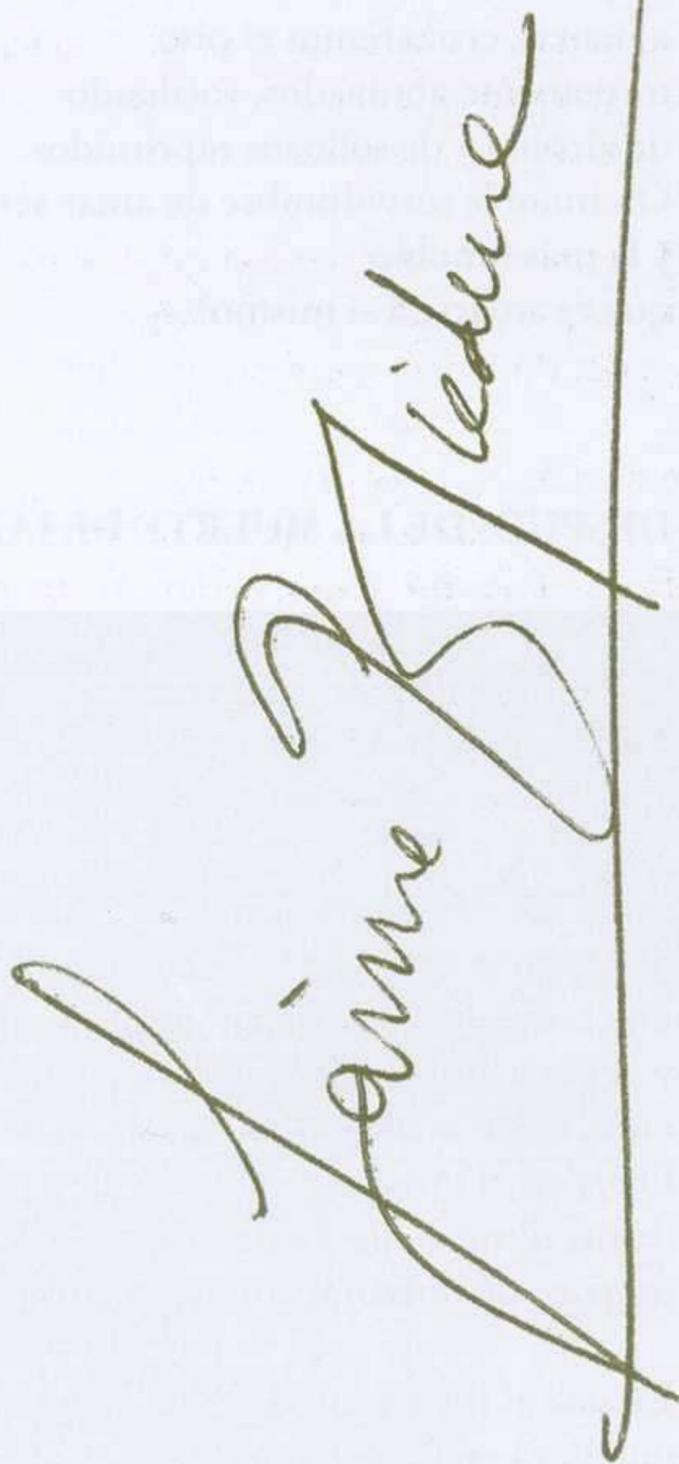
CONTRA JAIME GIL DE BIEDMA

De qué sirve, quisiera yo saber, cambiar de piso,
dejar atrás un sótano más negro
que mi reputación —y ya es decir—,
poner visillos blancos
y tomar criada,
renunciar a la vida de bohemio,
si vienes luego tú, pelmazo,
embarazoso huésped, memo vestido con mis trajes,
zángano de colmena, inútil, cacaseno,
con tus manos lavadas,
a comer en mi plato y a ensuciar la casa?

Te acompañan las barras de los bares
últimos de la noche, los chulos, las floristas,
las calles muertas de la madrugada
y los ascensores de luz amarilla
cuando llegas, borracho,
y te paras a verte en el espejo
la cara destruida,
con ojos todavía violentos
que no quieres cerrar. Y si te increpo,
te ríes, me recuerdas el pasado
y dices que envejezco.

Podría recordarte que ya no tienes gracia.
Que tu estilo casual y que tu desenfado
resultan truculentos
cuando se tienen más de treinta años,
y que tu encantadora
sonrisa de muchacho soñoliento
—seguro de gustar— es un resto penoso,
un intento patético.
Mientras que tú me miras con tus ojos
de verdadero huérfano, y me lloras
y me prometes ya no hacerlo.

Si no fueses tan puta!
Y si yo no supiese, hace ya tiempo,
que tú eres fuerte cuando yo soy débil
y que eres débil cuando me enfurezco...



De tus regresos guardo una impresión confusa
de pánico, de pena y descontento,
y la desesperanza
y la impaciencia y el resentimiento
de volver a sufrir, otra vez más,
la humillación imperdonable
de la excesiva intimidad.

A duras penas te llevaré a la cama,
como quien va al infierno
para dormir contigo.
Muriendo a cada paso de impotencia,
tropezando con muebles
a tientas, cruzaremos el piso
torpemente abrazados, vacilando
de alcohol y de sollozos reprimidos.
Oh innoble servidumbre de amar seres humanos,
y la más innoble
que es amarse a sí mismo!

DESPUÉS DE LA MUERTE DE JAIME GIL DE BIEDMA

En el jardín, leyendo,
la sombra de la casa me oscurece las páginas
y el frío repentino de final de
agosto hace que piense en ti.

El jardín y la casa cercana
donde pían los pájaros en las enredaderas,
una tarde de agosto, cuando va a oscurecer
y se tiene aún el libro en la mano,
eran, me acuerdo, símbolo tuyo de la muerte.
Ojalá en el infierno
de tus últimos días te diera esta visión
un poco de dulzura, aunque no lo creo.

En paz al fin conmigo,
puedo ya recordarte
no en las horas horribles, sino aquí
en el verano del año pasado,
cuando, agolpadamente
—tantos meses borradas—
regresan las imágenes felices
traídas por tu imagen de la muerte...
Agosto en el jardín, a pleno día.

Vasos de vino blanco
dejados en la hierba, cerca de la piscina,
calor bajo los árboles. Y voces
que gritan nombres.

Ángel,
Juan, María Rosa, Marcelino, Joaquina
—Joaquina de pechitos de manzana.
Tú volvías riendo del teléfono
anunciando más gente que venía:
te recuerdo correr,
la apagada explosión de tu cuerpo en el agua.

Y las noches también de libertad completa
en la casa espaciosa, toda para nosotros
lo mismo que un convento abandonado,
y la nostalgia de puertas secretas,
aquel correr por las habitaciones,
buscar en los armarios
y divertirse en la alternancia
de desnudo y disfraz, desempolvando
batines, botas altas y calzones,
arbitrarias escenas,
viejos sueños eróticos de nuestra adolescencia,
muchacho solitario.

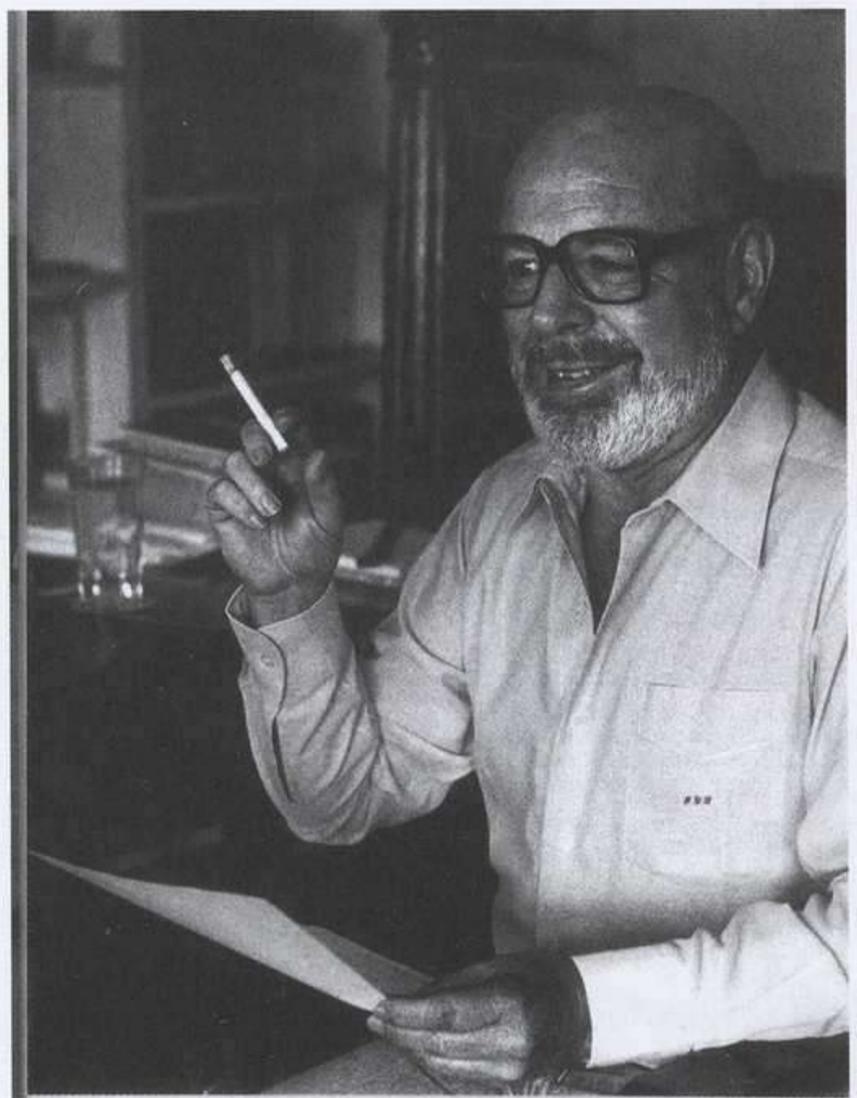
Te acuerdas de Carmina,
de la gorda Carmina subiendo la escalera
con el culo en pompa
y llevando en la mano un candelabro?

Fue un verano feliz.

...*El último verano*
de nuestra juventud, dijiste a Juan
en Barcelona al regresar
nostálgicos,
y tenías razón. Luego vino el invierno,
el infierno de meses
y meses de agonía
y la noche final de pastillas y alcohol
y vómito en la alfombra.

Yo me salvé escribiendo
después de la muerte de Jaime Gil de Biedma.

De los dos, eras tú quien mejor escribía.
Ahora sé hasta qué punto tuyos eran
el deseo de ensueño y la ironía,



JAIME GIL DE BIEDMA

la sordina romántica que late en los poemas
míos que yo prefiero, por ejemplo en *Pandémica*...
A veces me pregunto
cómo será sin ti mi poesía.

Aunque acaso fui yo quien te enseñó.
Quien te enseñó a vengarte de mis sueños,
por cobardía, corrompiéndolos.

María Victoria Atencia

MÁLAGA, 1931

EL VIENTO

¿Qué viento el de aquel día? Y yo dejada
allí sobre los montes, sin historia
ya, ni dolor de madre intempestivo,
sin blanco ajuar y sin cambiar pañales,
sin niños al colegio, sin mis lutos.

No queda sino tiempo, Victoria Atencia; tiempo.
No queda tiempo. Queda todo el tiempo.



María Victoria

Miguel Fernández

MELILLA. 1931-1993

Como el salterio, que los dedos rozan,
o que el plectro golpea y el músico entreabre
sus raíces de oculta resonancia
y sube la ascensión de su lamento
como un humo sagrado y se estaciona
en el ámbito oculto de nuestra soledad.
Y ya colgada por los techos queda
la melodía, igual que una atmósfera dorada
que llenará los ojos con su fuego amarillo
y bebemos de esa antífona, de esa agua llovida
que alguien, un día cualquiera, puso el nombre de lágrimas...

Como el salterio, abre tu libro, amigo mío,
y ponte a pensar en la humilde historia que te cubre.
Caían entonces granos de polen en los parques,
era el deshielo de los lentos glaciares de tu tierra;
había una primavera en cada hoja verdecida de ternura,
a pesar de que llagaban mi país secretas hogueras
y colgaban mazorcas de pólvora en los mapas de mi patria.

Recuerda el olvidado candelabro de siete muñones
alumbrando tan sólo el rincón de aquel parto.
De la alacena subía el olor a alcanfor
como una vaharada de fósiles,
como un maleficio para el salterio
que daba el son más puro
en tu núbil corazón recién tañido.

De granizos se regaba tu calle,
oh bóveda del vientre arpegiada por látigos de espanto,
helando entre las sábanas ventisqueros de relámpagos ciegos.
Así llegas del cuenco de la vida indefensa
al cordel que nos une,
savia nutricia, sangre dolorida en el gozo.

Miguel, sombra mía, ya sabes que te escribo
desde mayo de mil novecientos treinta y uno.
Manuel Mateos se ha muerto siendo un niño,
como toda la infancia que dejaste
colgada de los viejos eucaliptos.
Pero aún baila,
perdida allí en el fondo de su caja en la tierra,
la peonza girante que lanzabas al vértigo,
ahora que ya no tienes el zumbel en las manos.

Miguel Fernández

Rafael Guillén

GRANADA. 1933

HUÉTOR

La tarde estaba como al otro lado
de mi cansada intimidad. Abierta
a lo intocable del magnolio, al verde
gris de la adelfa, al salto
del ciprés. Achicada semiumbría
del jardín, desconchado
resguardo de las tapias, detenido
resol menguante en los aleros. Tarde
de mirador o de glorieta al fondo
del arrayán.

De siempre
he vertido mi vaso en el regato
de estas tardes para la huida. He puesto
bandera blanca en mi alcazaba y vamos
a desvivir un rato
y a ver, que aquí han llegado los amigos
y ese mosto de Huétor
bajo la parra y la ensalada y prueba
las aceitunas y Mariano dice
saber de un cosechero
que es un fuera de serie. ¡Tal tibieza
por la amistad, ungiendo, traspasando,
acalorando el entramado, cuajo
de tardas horas, mezcla
de proyectos recuerdos, de no sabes
si estás allí, estuviste, confundidos
tiempos dichosos, tan morosamente
decantados!

Pero una tarde, aquella,
ésta tal vez, se sostenía al margen
de mi liviano agobio. Parecía
como guardada toda para mí, celosa
de su olor a jazmín, perseguidora
de sus propias moradas
lejanías, subida y vigilante
en sus colinas con lejanas voces
y niños y ladridos.

A lo bajo,
la vega remansaba sus vaharadas
de humedad, envolviendo

la madurez de los frutales. Nada
de mí, como otras veces, iba en tanta
redondez.

Y así, fuera,
oía conversar, y Pedro dice,
y allí la liebre, y pum, y yo no estaba
sentado allí con ellos y oye, escucha,
Rafael, y el instante
aquel, no sé, era otro o no existía.

Rafael Guillén

David Ledesma Vázquez

GUAYAQUIL, ECUADOR, 1935-1961

AUTORRETRATO CON UNA PENA

Este pobre David que nada pide
sino un poco de paz para vivir,
una piedra pequeña en que apoyar
la cabeza cansada de palabras,
un centavo de sueño que permita
creer que todavía hay gente buena.
Este pobre David que nada pide.

Miguel Barnet

LA HABANA, CUBA. 1940

LA SAGRADA FAMILIA

La familia me sigue con los ojos
Sienten piedad de mí
y me cuidan hasta de los aguaceros

En la mesa me temen un poco,
sin embargo
(esta es la tercera vez que esconden
las botellas de los licores finos)
Ponen mi fotografía en el marco del espejo
y me declaran victorioso

¡el bueno de Miguel!

Pero la familia sabe
que yo no participo del todo,
que me da igual una cosa que la otra
—el prestigio y sus trastadas silenciosas—
y un día me llaman ¡Hijo!

casi con terror

José Kozer

LA HABANA, CUBA. 1940

EPITAFIO (IMITACIÓN LATINA) (ADAPTACIÓN CUBANA)

Desde que Kozer ha muerto el cuartico está igualito.
El mármol es piedra pómez y la polilla sigue su curso.
Cuba da vueltas alrededor de sí misma y en un bosque de la China
una china se perdió, Kozer, en el enredijo de tu literatura.

Miguel D'Ors

SANTIAGO DE COMPOSTELA. 1946

BLUES DE LA TARDE DE DOMINGO

Tristeza de la tarde de domingo y la lluvia.
Tristeza, sobre todo,
de estar aquí escribiendo estas palabras
y haciendo ya imposibles tantas cosas
que ayer se me ofrecían;
de estar aquí y no estar en La Alcazaba
bajo el látigo gris de la ventisca
ni estar entre las olas de Carchuna
ni viendo con mis hijos desde la oscuridad
los desiertos ecuestres de Arizona;
de estar aquí, pensando a cuántas cosas
dice no cada sí que pronunciamos,
cuántos caminos quedan perdidos para siempre
en cada encrucijada; preguntándome
qué miguel d'ors fue el que impidió aquel otro
miguel d'ors aterido y feliz en la noche
despiadada del Eiger, y aquel que, entre humo y copas,
cantaba, o cantaría, y ya no cantará
en Helsinki rancheras mejicanas
enhiestas como gallos de pelea, y el otro
que explicaba unos versos de *Soledades* bajo
la nieve de Wyoming,
y tantos otros ex-futuros miguel d'ors,
ninguno de los cuales desearía
encontrarse en Granada un domingo de lluvia
y de octubre escribiendo estas palabras.

RADIOGRAFÍA

Por gallego esta lluvia
oscura murmurándome en el alma.
Por d'Ors la habilidad para el fracaso.
Por Navarra esta forma
de agarrar las preguntas por los cuernos.
Por lo visto poeta.

Y además ciudadano de las nieves
sin nombre, tiernamente amargo como
los cortos de Charlot,
eterno partidario de los ciento volando,
católico a pesar de ser católico,
inesperado como los viejos *Blanco y Negro*,
Salicio juntamente y Nemoroso,
al margen, reaccionario progresista, extranjero
crónico, capricrónico. Distinto a este poema.

RARO ASUNTO

Raro asunto la vida, yo que pude
nacer en 1529,
o en Pittsburg o archiduque, yo que pude
ser Cherterton o un bonzo, haber nacido
gallego y D'Ors y todas esas cosas.
Raro asunto
que entre la muchedumbre de los siglos,
que existiendo la China innumerable,
y Bosnia, y las cruzadas, y los incas,
fuese a tocarme amí precisamente
este trabajo amargo de ser yo.

Fernando

Fernando Ortiz

SEVILLA. 1947

ACERCA DEL PRESENTADOR

Piensa que la vida es bella.
Con suerte, en los buenos ratos
vale la pena vivirla:
lo demás es subsidiario.

Disfruta la buena mesa,
los habanos y el descanso
aunque es muy cierto que duerme
con benemérito *valium*.

Y como sé que es burgués
reprimido y anticuado
excusarán mi silencio
de cintura para abajo.

Bebió mucho —ya no bebe
porque no aguanta dos tragos—.
Y hoy hasta la poesía
lo visita con reparo.

Me llamo Fernando Ortiz,
y no sé por qué milagro
llegué a la muy respetable
edad de cuarenta y cuatro.

Eloy Sánchez Rosillo

MURCIA. 1948

A CIERTA EDAD

Ahora ves claramente que ya no te interesan tantas de aquellas cosas que hasta hace poco fueron el centro de tu vida. Casi todo lo que guardabas cual si se tratara de un íntimo tesoro inagotable hoy es ceniza fría. Y ya tampoco luchas por conseguir lo que el azar no quiso que a tu alcance estuviera. En pocos años, cuánto has cambiado, Eloy, cómo te han ido abandonando sin piedad los sueños que sostenían tu vivir. No suele, llegado a cierta edad, seguir el hombre fabulando en la dicha como en los buenos tiempos, cuando la juventud enardecía sus ingenuos afanes. El paso de los años te hace ver tu indigencia. Y te sientes vacío en esta lenta tarde de verano que habría sido hermosa para ti si tu pecho albergara ilusión, o, al menos, la apetencia de tener ilusiones. Todo fluye, como un río imposible de quiméricas aguas, junto al yermo que habitas. Nada aquí se detiene, ni tú deseas que nada se remanse a tu lado.

Qué más da. Si estás solo es porque así ha de ser.

Va cayendo la tarde.

Miras —indiferente, conforme, sin tristeza— cómo llegan las sombras. Las llamas del crepúsculo se apagan a lo lejos.

Y al fin cierras los ojos, y te invade la noche.



ELOY SÁNCHEZ ROSILLO

José Luis García Martín

ALDEANUEVA DEL CAMINO,
CÁCERES. 1950

PARA J. L. G. M.

Adulando a los jóvenes,
¿tratas de seducir
a la posteridad?



JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN

Javier Salvago

PARADAS, SEVILLA. 1950

MONSIEUR SALVAGO, POETA

Poeta, usted lo ha dicho, no doctor de la lengua
—aunque sea compatible—ni erudito ni oscuro
ratón de biblioteca.

Un hombre que ha vivido lo suyo, como todos,
y que lo ha ido contando para entenderse un poco.

No un poeta mayor, de la talla del Dante
—eso es mucho pedir en tiempos como éstos
de prisa y vanidades—.

Un poeta menor que, si no grande, al menos
peleó, y aún pelea, para intentar ser bueno.

Jon Juaristi

BILBAO. 1951

LOS TRISTES CAMPOS DE TROYA

(Fragmento)

La oscuridad, por tanto, es nuestra aliada:
el enemigo no nos ve y podemos
machacarlo a conciencia. Lo que pasa
es que a veces nosotros no lo vemos.

Tal era nuestro caso. Pregunté:
«Esos rusos, perdone, mi brigada,
¿son de una división de infantería
o de una división acorazada?»

«¡Silencio! ¡Están aquí!», bramó Ceballos,
y ordenó acto seguido «¡Cuerpo a tierra!»
Me eché al suelo temblando de emoción.
¡Por fin iba a saber lo que es la guerra!

El cuerpo de Ceballos describió
una amplia trayectoria parabólica
y se esfumó de pronto ante mis ojos.
Aquello parecía obra diabólica.

Mas, pensé para mí, quizá los rusos
tengan un rayo desintegrador.
Por si acaso, rapaz, no abras la boca.
Y, ante todo, no corras, que es peor.

Tras tres horas de espera,
en vista de que no ocurría nada,
me atreví a preguntar en un susurro:
«¿Ha pasado el peligro, mi brigada?»

«¡A callar!», exclamó el cabo primero,
y, tan airadamente lo decía,
que no osó rechistar cristiano alguno
hasta que fue de día.

Con la luz de la aurora constatamos
que una insondable zanja nos cortaba el camino.
En el fondo yacía, como era de prever,
Ceballos en decúbito supino.

Habló el cabo primero, rascándose la oreja:
«Me voy a por refuerzos. Juaristi, toma el mando.
Lleva al herido hasta la carretera.
Una ambulancia os estará esperando.»

Montamos con los cetmes unas andas.
Cogimos a Ceballos por los brazos,
y, con sumo cuidado, para que
no se desparramaran los pedazos,

lo tendimos encima y comenzamos
a caminar con mucha precaución,
no fuera el enemigo a descubrirnos
en aquella difícil situación.

Un buitre nos seguía, majestuoso.
Ceballos daba gritos de poseso.
Con el miedo a los rusos y a sus tanques
me perdí por completo, lo confieso.

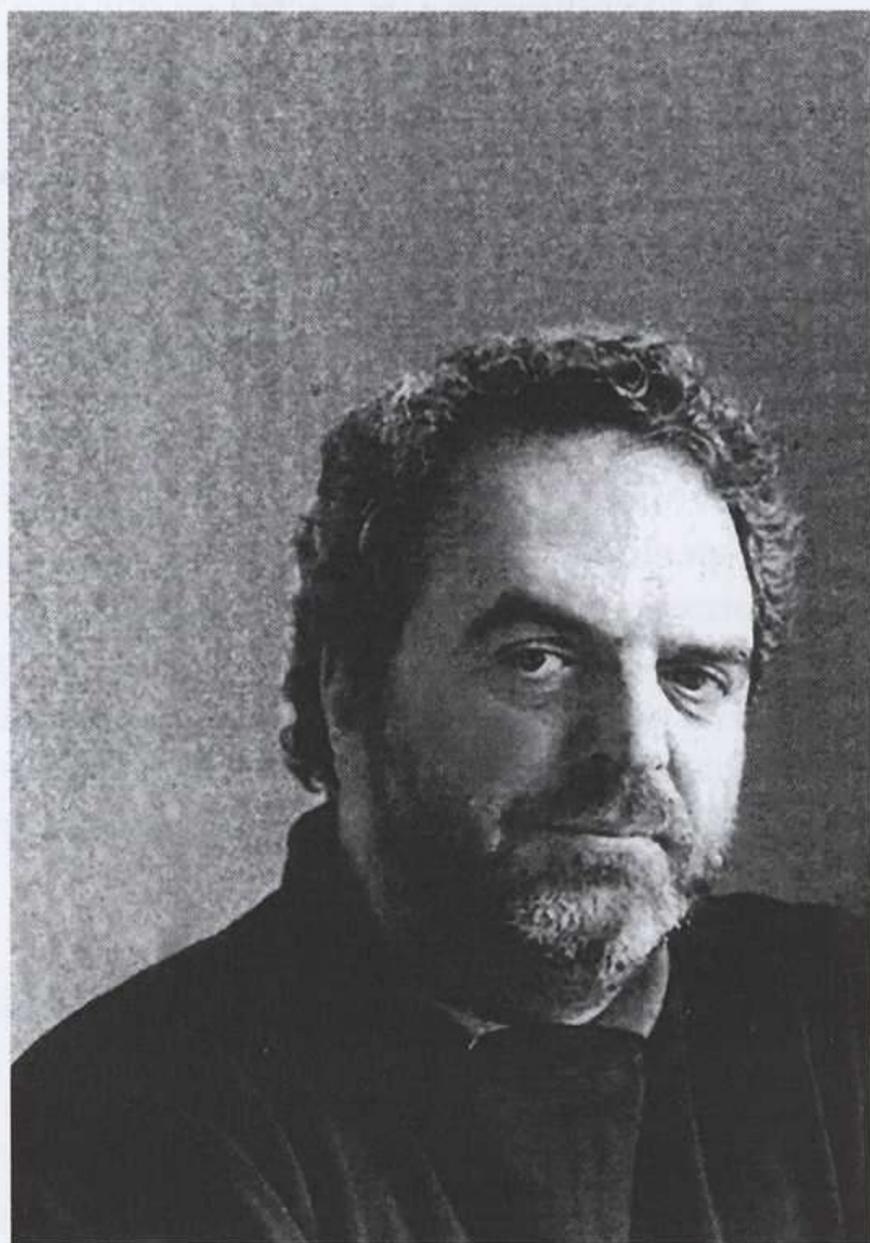
Anduvimos en círculo, aturcidos,
sin ver la carretera. Hacia las siete
de la tarde, logramos avistar
unas luces lejanas: Navarrete.

Puse toda mi buena voluntad.
Me despisté. Es verdad. Pero, supongo,
lo mismo le pasaba en Waterloo
a Fabricio del Dongo.

Y a él nunca lo encerraron, como a mí,
en una celda oscura
(también es cierto, amigos, que la vida
no se parece a la literatura).

Me cayeron dos meses
y decidí tomarlo con paciencia.
Al fin y al cabo, me faltaban sólo
tres para la licencia.

Recibí la cartilla una mañana
de luz primaveral. Brillaba el sol.
Lloré de gratitud. Hicieron de mí un hombre.
¡VIVA EL GLORIOSO EJÉRCITO ESPAÑOL!



JON JUARISTI

Luis Antonio de Villena

MADRID. 1951

DE NOCHE, EN LA TERRAZA DE UN ÁTICO BELLAMENTE DECORADO

Me doy cuenta ahora que se ha desvanecido
el mes de Julio (comentaba, entonces, Sara de Gonzaga).
No lo he notado casi. Dos o tres días me fijé
en la luz. Y aguardé que sucedieron cosas
que propiciasen una noche interminable. ¡Y tú sabes cómo
he esperado yo el mes de Julio, qué anhelante!
Esas mañanas solares en que todo resplandece
y se diría el tiempo detenido, pero pleno de vida.
Las aventuras de esas noches en que uno no desea
dormir, esos encuentros fugitivos de las noches de Julio,
queridísimos cuerpos bañados de sudor y colonia...
Y entrar en la cama (de regreso) cuando va a clarear
y los pájaros del jardín parecen completamente locos...
Sara prendió lumbre al cigarro, e hizo girar
después (era costumbre en ella) sus cuatro o cinco anillos.
Y esta vez —añadió— este año, ha sido como si nada
hubiera sucedido. Dos puntitos de sol y una apetencia
nocturna que ha quedado vacía. ¡Yo había
esperado tanto ese mes, Luis! ¡Y ahora tardará tanto
otra vez en regresar el mes de Julio! ¡Tardará tanto!
E hizo ese gesto que hacen todas las mujeres que aman
mucho la vida (un chasquido de dedos, el rictus de una ceja)
cuando se saben solas y ha huido otro cuerpo que querían.
Suspiró largamente, sonriendo: Pero todo es así, amigo mío.

Luis Antonio de Villena

Francisco Ruiz Noguera

FRIGILIANA, MÁLAGA. 1951

EL AÑO DE LOS CEROS / 2

¿Borrón y cuenta nueva?
La perfección redonda
del año de los ceros
no es más que un espejismo
que se esfuma en las sombras de la tarde.

Como todos los años
—sólo un juego de cifras—,
empieza cada día
el año de los ceros:
no es más que el territorio
donde escribir tu historia:

la tuya, irrepetible,
esa en que la memoria —suma y sigue—
va dibujando el trazo de una vida
titulada Francisco Ruiz Noguera
(que cada lector ponga su nombre en este
verso).

Javier Egea

GRANADA. 1952-2000

Veinticuatro bofetadas.
Veinticuatro bofetadas.
FEDERICO GARCÍA LORCA

—¿Sabe quién mató al Sr. Egea?

—Lo sé.

—¡Pues dígalo inmediatamente!

—Yo me arrojé al vacío
desde la estrella muerta
y ya no tengo miedo de morir.

SOBRE EL PAPEL

Scripto iaze esto, sepades, non
vos miento.

GONZALO DE BERCEO

Quizá te extrañe
—aunque sea coherente para mí—
esta forma de hacerte llegar mis pensamientos,
estas palabras torpes escritas al tirón,
en vez de aquella charla que debimos tener
de tú a tú, entre gentes que debieran quererse.

Pero cuando tú estás, cuando estás frente a mí,
no consigo saber articular
esas piezas extrañas y sin embargo muestras,
ese puzzle de vasta soledad donde vivimos.

Después de varios años
durante los que fuiste el mapa señalado,
el pequeño horizonte, el cuerpo en llamaradas,
la diminuta y bella revolución
o acaso el sueño que me hizo avanzar,
es cansado y difícil
soportar la consciencia de que nunca se llega.

Es posible que pienses
que quizá con el tiempo te pude idealizar
—nadie está libre de él: el inconsciente ese
de clase tanto tiempo dominadora y sola—,
pero debes saber que ahora no es así,
ahora ya sé quién eres:
una enorme mujer
con los mismos problemas que yo, que él, que todos.

Ahora ya no me lleva hacia ti
ningún aire de posesión o cosa semejante
sino un hermoso amor,
un infinito y desdichado amor.

Ahora quiero que sepas —aunque sea por escrito—
que ya sólo pretendo desde cualquier distancia
que te sientas más libre de cárcel o de abrazo
y me cuentes a veces —si es posible—
algo de ti.

Sé que la soledad
no se agota en tus labios ni en los míos
y que la vida es dura,
trágicamente seria.

Sé que no llegaremos donde tú y yo soñamos,
que la muerte nos une y sin embargo
ahí está el camino:
hermoso y miserable como un torso desnudo,
como un largo relato de amor y explotación.

Hay que avanzar, hay que avanzar.

Pero es necesario
sentir un cuerpo aquí junto al costado.

Ya sé por qué razón
yo quise siempre, siempre, trabajar junto a ti.

Con mi mejor amor, Javier Egea.

César Antonio Molina

LA CORUÑA. 1952

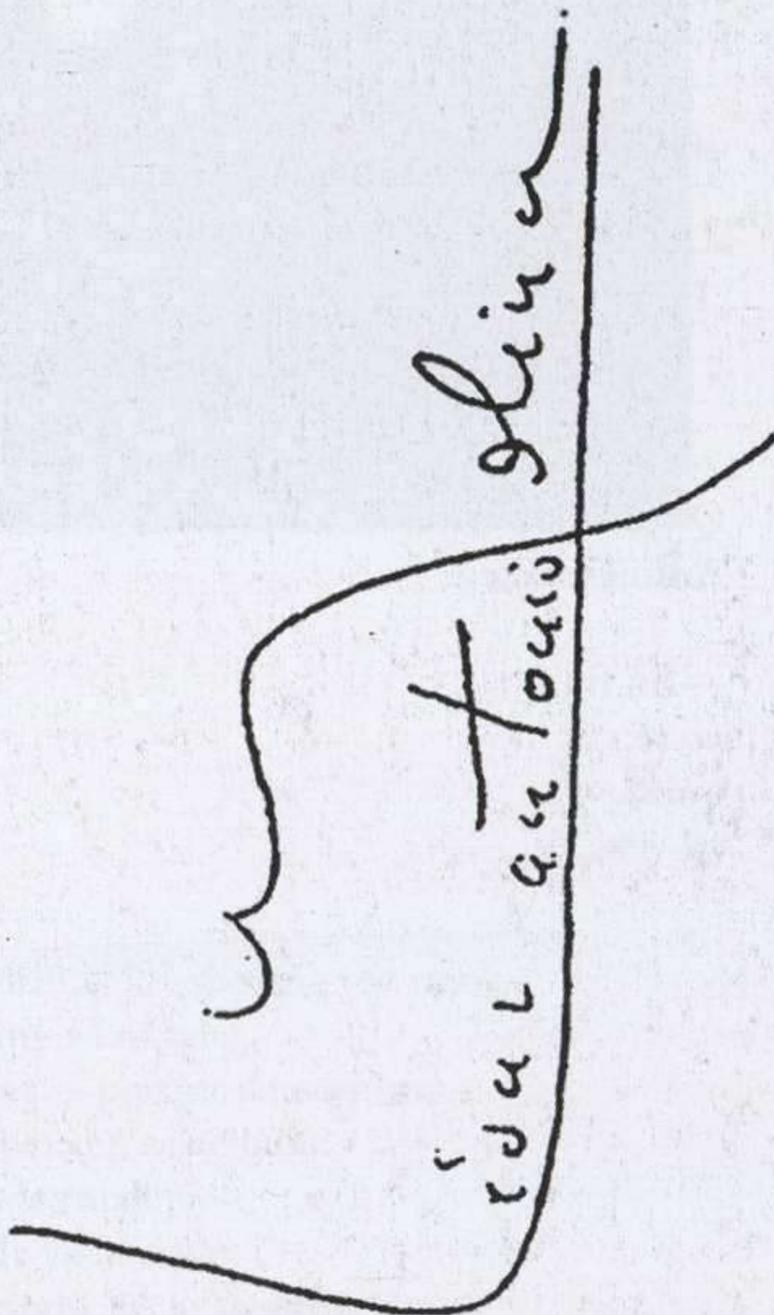
RETRATO, CON NATURALEZA MUERTA

(a la manera de C.A.M.)

«Y ante nosotros sin moderación, mezclándolo bajo
su gloria el leviatán,
El amor siempre perseguido.....
¡Amor, oh pobre amor de los arponeros!
—¡Maldito sea el arpón!—»

LOYS MASSON

Mi cuerpo picoteado
sobre una charca de lapas,
mis palabras convertidas en mentiras,
mi cuerpo
 varado,
sobre un nido de gaviotas.
Mi boca,
 tan pequeña,
apenas
 besada
sobre una charca de lapas,
mis palabras convertidas en mentiras,
mis dedos
 corroídos por larvas marinas
dislocados por las olas.
Mi cabeza,
 aún rubia
como una montaña brillante,
sobre una charca de lapas,
cubierto de arena el bronce
la mansión marina donde elegiste residir
entre el linfa
 y la espuma.
Soy un hombre,
un hombre
 herido,
la cura está en todos los lugares,
.....y sin embargo, mi cura, es la herida...—



Emilio Barón

ALMERÍA, 1954

HOMENAJE A LAFORGUE

*(Go to: I'll no more on't;
it hath made me mad)*

—No está mal,
señor Barón, pero
¿hay algo más?

—De mi amada enemiga,
¿no hablé bastante ya?

—Dénos, pues, su opinión sobre el querer.

—No me pregunten más, que la diré.

—¡Por Dios! ¡Algo hay que hacer!
Quedan acá tantas cosas por ver.
Anímese usted.

—En fin,
no sé,
quizá,
tal vez...

José Julio Cabanillas

GRANADA, 1958

RESURRECCIÓN

Siento un golpe en el hombro y, a una voz que me
llama,
el rápido crecer de la hierba en mis manos.
Un murmurar de savia suena bajo los brotes
recientes de los árboles.
Pero esto, ¿qué es?
¿Qué es toda esta música y el agua?
Suave, tersa
la tierra se ha esponjado como globo
de mis ojos abiertos.
Y despierto, ahora sí, en aquel patio claro,
al portal de los míos.
Y esas dalias aquí, rojas, en su arriate.
Las estrellas, de pronto
(¿cuántas miles de noches ellas me habrán velado?)
tintinean y se apagan igual que campanitas
al abrir mi ventana.
Rojo grito de un gallo en el lomo del viento.
Resucita la casa en el clarín del día.
Mi madre en la cocina nos llama a todos, canta.
Y ya han llegado. Y juegan. Nos miramos:
¿Tú, José, dónde andabas?
Dolores se atarea
moviendo el molinillo de café,
moliendo, triturando horas, siglos.
En la ventana
a cada giro el sol brilla más alto.

Francisco Fortuny

MÁLAGA. 1958

SOLEDAD ÚNICA

A mí ni mozo ni mujer me place
ya, ni esperanza de amor mutuo crédula
ni justar por el vino
ni coronar mi sien de flores nuevas.

Mas ¿por qué, ay Ligurino,
una furtiva lágrima
chorrea mis ojeras...?

HORACIO, *Odas (IV, i)*: «Intermissa, Venus»
(trad. de F. Fortuny)

Fortuny vive sólo
de sueños y ficciones;
Fortuny, pobre hereje,
no ve la realidad:
ufano, huraño y solo,
oculto tras montones
de libros, como un muro, se protege
del mundo, y quiere sólo soledad.
Fortuny siempre quiso
mirar detrás del velo
para tocar el fondo
de todo lo que está
velado: sin permiso
le alzó la falda al vuelo
y lo que vio lo puso tan cachondo
que se quedó colgado el pobre allá.
Y aún sigue allí, Fortuny
es raro: no le gusta
el mundo ni la gente
que entiende subnormal
—ya en Zürich o en Río Muni—,
y espanta con su fusta
de sí, por sinvergüenza e indecente,
al uno y a la otra por igual.
Ya digo: es un tío raro:
casi no lee la prensa
ni nunca ve la tele,
pues dice que jamás
va a entrar por ese aro
idiota porque piensa
que ya se sabe el mundo, y un telele



FRANCISCO FORTUNY

va a darle, si lo sabe una vez más.
(Fortuny ya ni sabe
quién es —porque su nombre
pronuncia en castellano
sabiendo catalán—;
perdida ya la clave
del mundo, no te asombre
si pierde allá en el suyo su ya insano
espíritu, y se cree Supermán.)
Me consta que no es homo.
Mas nunca perpetúa
pareja con mujeres.
Y sólo a Soledad,
su hija, adora, como,
si alguna se insinúa,
contesta (¿¡Que no quieres!?) Cómo eres,
Fortuny. ¿Casto hoy día?
Qué impiedad.

Y tú ¿serás aquel
que ayer no más decía
verdad y bien —belleza—,
principio son sexual?
El rojo de esa miel
de labios de ambrosía
del higo ¿no te hincha la cabeza?
Muchacho, si eres macho, tú estás mal.
Que ¿sólo a su hija adora,
y faldas sólo al tropo,
pensándolo instrumento
visual de la verdad,
Fortuny eleva ahora?:
¿se ha convertido en topo?:
cogido por tan vano pensamiento,
Fortuny ya no ve la realidad.
Fortuny, de su bio-
grafía, una novela,
que él mismo escribe, ha hecho;
¡y cree que es verdad!
Pues ¡¿no ha cogido el tío
—en popa a toda vela
el viento— y se me ha ido tan derecho
al más allá?!: No ve la realidad.
Fortuny ve fantasmas:
sabiendo que va ciego
me dice que adivina
mi cuerpo sin edad
debajo de los miasmas
del monstruo mundo, y fuego
me dice que le entrego: ¡Ligurina
—me gime al conocerme—, sé verdad!
Fortuny no es Fortuny.
Se ha vuelto esquizofrénico.
Se me entregaba tanto...:
su personalidad
ya es ida para el uni-
versal y fenoménico
—fantástico—, sublime (como el cuanto)
mundo otro: ya novela, realidad.

Miguel Argaya

VALENCIA, 1960

NOS DEBEMOS LA VIDA MUCHAS VECES

Aún puedo recitarlas, todavía me acuerdo
de esas primeras listas que habitamos.
Algunos de los nombres se fueron hace tiempo
de mis rostros, me quedan como ruidos
y se pierden a trozos en los anaqueles
entre la soledad y los retratos.
Pero hay otros, no obstante, que sé como la muerte.
Los sé porque conservo su voz en mis baúles
(tal vez fui capitán en sus ejércitos)
y su apellido tiene el rostro indefinido
de los años creciendo en las asignaturas.

Nos debemos la vida muchas veces:
si uno moría, el otro —con la magia en sus manos—
obligaba a la muerte a cumplir la aritmética
(contabas hasta tres, resucitabas...).

Luego nos escapamos, casi todos
vinimos a dormir en un adulto,
los menos olvidaron cómo engañar la muerte,
y al cabo, uno por uno, nos huyeron los días
(Alamán, Aldana, Aloy, Argaya...)
de esas primeras listas que habitamos.

Carlos Marzal

VALENCIA. 1961

IN MEMÓRIAM C. M.

Evoco su figura en la noche crecida,
en un bar, entre amigos y música estridente,
alargando en exceso su charla intrascendente,
mientras apura un vaso ya corto de bebida.

Si cada cual erige una forma de huida,
la suya fue entregarse a placeres menores.
Lo imagino diciendo, circunspecto: *Señores,
los caminos son muchos, pero es una la vida,*

*y confieso que es tarde para encontrar remedio
certero que corrija mis torpes aficiones
—las armas y el billar, el cine y los putones—,
con que intento aplacar a las bestias del tedio.*

*Y por lo que a la gloria concierne, no me queda
sino decir, en serio, que cedo mi Parnaso
por poder destrozar una falda de raso
y degustar tras ella un encaje de seda.*

Estuvo interesado, antes que en la verdad,
en juzgar los ropajes con que abyecta nos mira
la muerte disfrazada, urdiendo su mentira
en los turbios espejos de la frivolidad.

Sus conocidos cuentan que malgastó el dinero
en hijas de familia y en ángeles enfermos,
por romances plomizos, por amoríos yermos,
también por puro amor, por puro amor rastrero.

La parte de dolor que le otorgó el azar
trató de soportarla sin disgusto excesivo,
así que por la dicha no dio gracias, altivo,
pues lo que merecía no quiso mendigar.

Bebió con avidez, pero fue por estética,
se encontraba atractivo con un vaso en la mano,
brindando a la salud de algún asunto vano
y ensayando una risa de clara estirpe herética,



CARLOS MARZAL

Carlos Marzal.

con la que no asustaba a ningún auditorio.
Esperaba de su alma una vida inmortal,
por no perderse el gesto de sorpresa final
de los viejos amigos, aquí en su velatorio.

Me dijo en un alarde de trágica humorada:
*Te lego mi epitafio, así serás el dueño
del verso con que quiero se presida mi sueño:*
«Gozó de vez en cuando, pero no entendió nada».

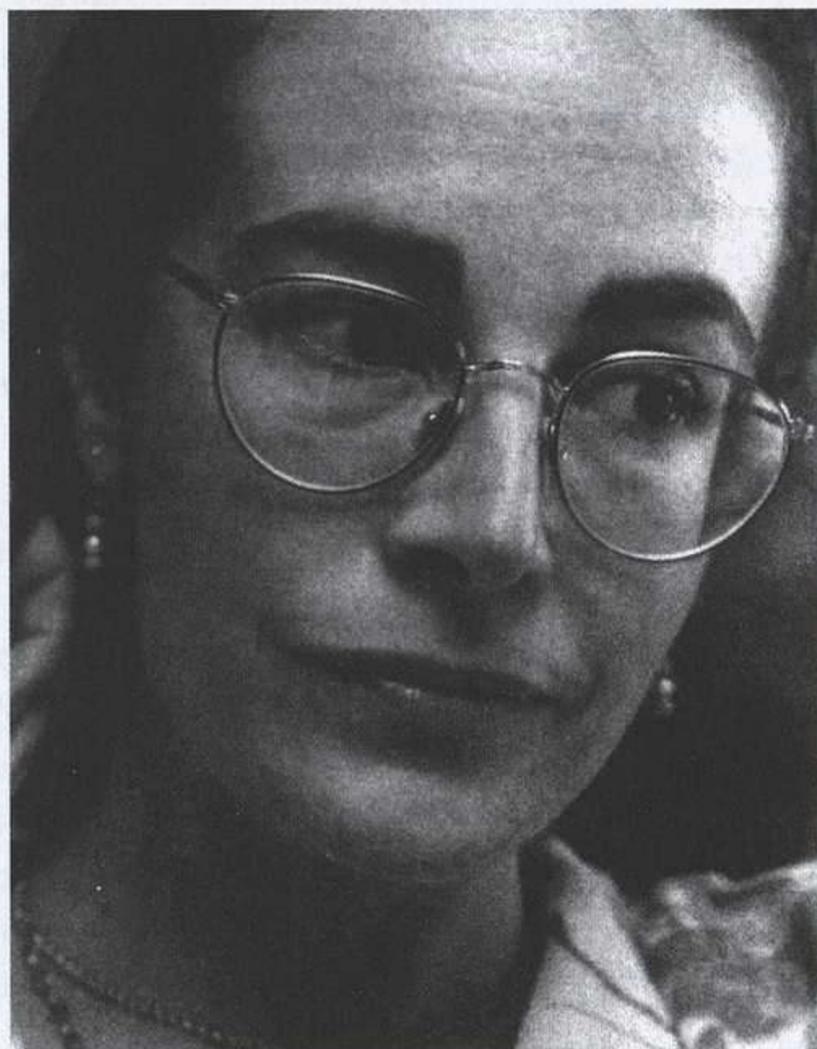
Ruego a las frías diosas que regirán su olvido
no sean inclementes con su holgazanería
y prodiguen con él su extensa cortesía.
Así sea, por siempre, con el que ya se ha ido.

Amalia Bautista

MADRID. 1962

SUEÑO CON MI PADRE

Ya estoy aquí, no llores, pequeña,
me parte el corazón verte llorar.
Me despedí de todos al marcharme,
menos de ti, no te encontré aquel día
y tuve que partir, tenía prisa,
no podía esperar. Pero les dije
que volvería en cuanto terminara
de hacer lo que tenía que hacer lejos.
¿Por qué nadie te dijo nada de esto?
¿Cómo han dejado que sufrieras tanto
pensando que había muerto? Pobre Amalia,
tan fría y racional en apariencia,
tan vulnerable corazón adentro.
Ya estoy aquí. No llores, que tu llanto
podría disolverme en las tinieblas
de nuevo y para siempre.



AMALIA BAUTISTA

José Mateos

JEREZ DE LA FRONTERA, CÁDIZ. 1963

CARTA A UNA AMIGA

Jerez, 14 de octubre de 1992

Como Rubén lo hizo, quiero yo, buena amiga,
escribirte una carta y relatar la intriga
de mi vida, entre bromas y versos repentinos.
A los dos nos separan diferentes caminos
y mientras tú disfrutas viajando, yo me siento
a esperar que se pase mi propio aburrimiento,
y en Jerez, que es el pueblo donde nací y trabajo,
malvivo, duermo poco, bebo y fumo a destajo
para olvidar qué aprisa pasa el tiempo. Yo, al menos,
cada vez pienso más, cada vez siento menos,
y con los años nada parece ser que era
tal como yo lo quise cuando mi edad primera.

No quiero, sin embargo, que pienses que de nuevo
oigo las mismas notas sombrías. Ya me atrevo
a salir más allá de estas cuatro paredes
donde estuve tres años enredado en las redes
del alma —las que ataron a Samsa y Segismundo—,
herido en la conciencia, ahogado en su profundo
fondo de mar. Y a flote salí, que el tiempo cura
la ansiedad, la desgana, el miedo y la locura.
Y ya que nada tiene respuesta, no pregunto.
Al fin todo pasó. Y ahora paso a otro asunto.

Aquí, por otra parte, ya es otoño. Se mudan
de piso Ignacio y Ana. Hace frío. Desnudan
los árboles sus hojas de oro viejo, y si llueve
huele a campo y a infancia. Ya la tarde es más breve,
y más larga la noche. En los graves jardines
del parque, en la estación de trenes, en los cines,
dentro de mí yo siento que algo raro me aprieta
el corazón y busco, detrás de la careta,
el rostro y, tras el rostro de arcilla ensimismada,
una certeza, un sueño, algo que sé que es nada.

Trabajo, como siempre, entre estos periodistas
de ahora: analfabetos, soberbios, fatalistas;
dispongo, ordeno, anoto hasta la madrugada.
Y escribo. Mientras tanto pretendo no hacer nada:

vivir sin hacer nada, que es para lo que valgo
y es para mí la única manera de hacer algo.
¿Dónde están —me pregunto— esas noches salvajes
de ayer?

No salgo fuera, ni quiero hacer viajes,
no porque aquí esté bien, sino porque, cansado,
aquí me encuentro igual de mal que en otro lado.
En fin, que vivo aparte y oculto, de manera
que parece que vivo como si no existiera.

Y con esto ya acabo.

Mis mejores deseos
te mando. Ya te dice adiós José Mateos,
que hoy, catorce de octubre, da fin a este poema:
cada uno en su casa, cada loco en su tema.

Emilio Quintana

LOJA, GRANADA, 1964

UNA VERGÜENZA

Tantas tardes leyendo a Baudelaire.
Tanto esfuerzo para ir de maldito.
Las peleas con mi padre
que nunca comprendió
por qué yo lo llamaba
Aupick y no Quintana.
Aquella temporada en que me puse
a buscar una mulata
por amante. Y en Loja.
Fue cuando me di cuenta
de que la castidad no era lo mío.
Aquella novia belga que perdí.

Pero soy un Quintana,
un poeta burgués y provinciano.
Un tipo que se aburre
—como todos ustedes—
y en vez de hacer turismo
escribe versos.

Rafael Inglada

MÁLAGA. 1963

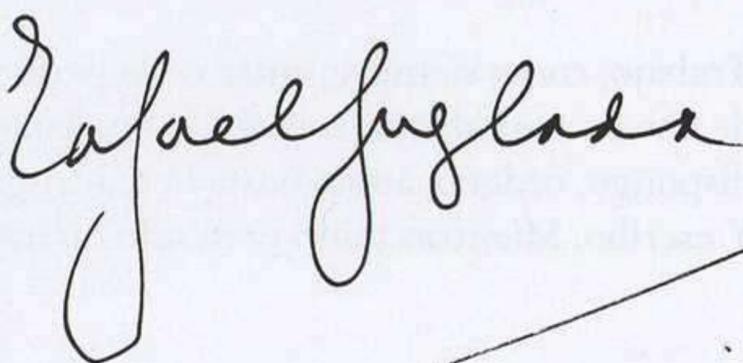
INVIERNO REAL

DE boca en boca voy por el invierno,
peatón de las aceras y las bocas,
que aprendió de Luzbel las noches locas
y de Dios a besar el pan más tierno.

Aún guarda alguna frase su cuaderno
y canta como brilla, paso a paso.
Está sin agua el nombre de su vaso,
pero su sed es otra, otro su infierno.

Qué importa si hoy os digo que le espera
la calle que conoce, la escalera,
la cama en donde escribe algún anónimo.

Ni prisa ni voz tiene —ama y ocupa—
y nadie sabe bien que le preocupa
que Inglada sea tan sólo su seudónimo.





JOSÉ ANTONIO MESA TORÉ

José Antonio Mesa Toré

MÁLAGA, 1963

PRIMAVERA EN SKÅNE

La primavera nórdica
como el amor es falsa

LUIS CERNUDA

Nos despierta la luz: un telegrama
que coge por sorpresa a la ternura
con sus malas noticias. Con premura,
salto al frío: el trabajo me reclama.
Te dejo hecha un ovillo por la cama.
Creo que estás dormida. Qué locura:
tienes puestos los sueños a la altura
de mi alma. De repente, algo llama
mi atención. Es tu voz que se desviste:
«¿Eres feliz, José?», pregunta, grave,
como si no esperara que lo fuera.
Andaba despistado, casi triste,
el corazón. Entonces ya no cabe
duda: será verdad la primavera.

J. Mesa Toré

Tomás Cano

BLANCA, MURCIA. 1965

DON JUAN ZANAHORIO

Por donde quiera que fui,
a la santa desvirgué,
a la golfa complací,
con la estrecha me acosté,
y a la frígida corrí.

Yo a las murcianas follé,
yo a las burguesas jodí,
residencias escalé,
y mis pelillos dejé
esparcidos por ahí.

Ni la regla he respetado,
pues a la hora de mojar
sólo del rabo me he fiado;
que un buen coño atomatado
invita siempre a gozar.

A quien quise masturbé,
y mis dedos le metí,
y nunca me imaginé
que pudo hartarse de mí
la que tan bien enulé.

Y esto Cano se corrió,
y escrito en este papel
está cuanto fornicó:
y lo que él aquí cantó
mantenido está por él.

Eduardo García

SÃO PAULO, BRASIL, 1965

EL TAHUR

Yo, Eduardo García, propietario
de una cuenta corriente respetable-
mente breve y algunos fotogramas,
de oxidados tesoros y escondrijos
dulces como la piel que nos rehuye,
o secretos a voces y catástrofes
humildes como un vaso que se rompe,
y un enigma que estoy por descubrir,
y un niño al que traiciono y que se ríe
de esa mi seriedad de maletín
con que juego a emprender estupideces;
yo, insisto, dudoso espectador
de algún escaso fuego de artificio,
tomé la alternativa como todos
y exploré las alcobas y los nichos,
los ritos funerarios de los bares,
el incipiente vello y el experto.
Sospecho ahora, en medio del camino,
que no he aprendido nada del dolor
y que a nada conduce aquella sed
profunda de verdad sin condiciones,
dolencia estéril que la edad desmiente
y la bisutería del amor.



EDUARDO GARCÍA

Abel Feu

AYAMONTE, HUELVA, 1965

PERO ES QUE SIEMPRE ESTOY COMUNICANDO

Todos los días, de noche, me pregunto por mí.
De verdad, hablo en serio. Me llamo, si es posible,
por teléfono, inquiero por mi yo, me busco
con afán (hasta apago la tele),
pero me pongo triste cuando veo que no estoy.

Miro a mi habitación, entre los libros,
por entre las carpetas de poemas, los discos
preferidos, los álbumes de fotos, pero nada,
sigo sin encontrarme, tal cual, sinmigo mismo,
vivito y coleando, tan campante, digo, tan ajeno,
y tras las huellas raras de mi yo.

(Me digo: «a buenas horas esta búsqueda.
Nunca en tu vida te has echado cuenta,
perdido por ahí, y ahora quieres, de pronto,
llegarte hasta lo íntimo del alma».)

Cojo más confianza y hasta vislumbro un gesto
de mi yo, allá, en lo hondo, donde el alma
está sola, la pobrecita mía (eso mismo,
pero con más razón, dice ella de mí),
harta de soledad y esperando que un día
me ocupe ya de ella...

Todos los días me llamo. Marco el número
propio: a, be, e, ele, prefijo de la vida
que debía yo tener,
pero qué pena: siempre comunico.

Manuel Lara Cantizani

LUCENA (CÓRDOBA), 1969

STATUS DE PRIVILEGIO

Mientras otros escriben paisajes,
yo corro peligro por el campo.

Me alerta —por teléfono—
Jesús Aguado:

«Cuidado, Cantizani, en Canadá
un oso se comió a un duatleta.»

DESCARTO EL HUMOR INGLÉS EN LA POESÍA. EN ESTE SENTIDO VÉASE
EL SIGUIENTE ANTIPOEMA INTITULADO *ESCOCIA*

Se me nota que vengo
de Escocia por mis nuevos ojos verdes
—abducidos por páramos o lentillas
pintadas en una óptica de Branderburgh-Lossiemouth—,
por mis cabellos
de un rubio malta
—a lo *Machallan 21 Years*—,
por los castillos en ruinas
de mis anhelos románticos
y mis prudentes silencios,
por el monstruo
que habita en un lago
negro del clan de mi alma
y nadie vio,
por mis preferencias musicales
—ni pitos ni flautas, sino gaitas—,
y como el chiste,
por la falda a cuadros
y casi por mi nombre;
Ma(c)nolo.

Silvia Ugidos

OVIEDO, 1972

TODO LO QUE NUNCA QUISO SABER NI SE LE OCURRIRÍA PREGUNTAR SOBRE SILVIA UGIDOS

Pecó, defraudó, mintió, mentí
río abajo con Tom Sawyer una tarde infantil.

Fue deshonesto, adúltero, sincero
con Madame Bovary y María Magdalena.

Envenenó los sueños con amistades peligrosas
que ofrecían los libros en las tardes ociosas.

Usurpó identidades, fue Hamlet o fue Ofelia
según tuviera el día o según le conviniera.

Tuvo mansiones, joyas, amantes, y hasta un «yaguar»,
vivió como el Gran Gatsby y sin dar palo al agua.

Vivió a costa de otros, pero eso ya lo dije,

ya lo ven, no se fíen de su falsa apariencia:
inseguro, callado, tímido... ¡vaya prenda!

Se busca, es peligroso, se ofrece recompensa
a quien pudiera darme noticias, viva o muerto.

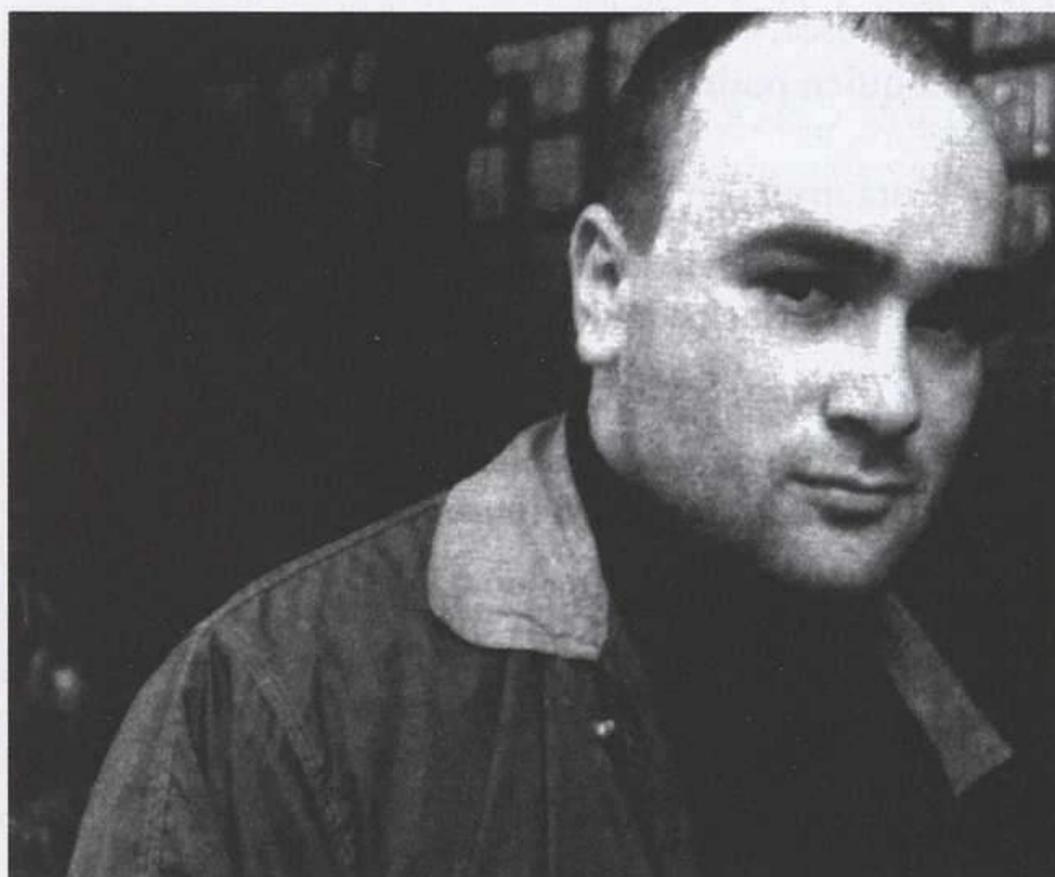
Esta mujer se busca: cualquier día se encuentra.

Martín López-Vega

LLANES, ASTURIAS. 1975

CONCIERTO DE HARPA MEDIEVAL

Hace un rato, mientras sonaba
una de las cantigas de Alfonso X,
pensé que no estaría mal haber sido
un monje en la Edad Media,
un monje, no sé, un tanto rebelde,
copiando a hurtadillas libros eróticos
y no pesados textos bíblicos. O haber sido
Turlough O'Carolan, y componer algo
para que lo tocasen así, tres siglos después,
y alguien soñara haber sido yo
como yo sueño haber sido Turlough O'Carolan.
También hubiese resultado divertido
ser Carlo Gesualdo, príncipe de Venosa,
y qué vamos a decir de Cellini,
eso sí que fue una vida. Aunque hoy,
no sé por qué, estoy hasta contento
de no haber sido Turlough O'Carolan
ni Gesualdo da Venosa ni Benvenuto Cellini,
—y ser Martín López-Vega,
y estar aquí, escuchando en esta sala
La sola grazia, y tener este instante
y los amigos, y la noche, y tus ojos.



MARTÍN LÓPEZ-VEGA

Pablo Méndez

MADRID, 1975

EL ÚLTIMO DÍA QUE PABLO MÉNDEZ PISÓ VITRUVIO 19

Decidme
que cinco años pasan enseguida,
y que no es tiempo.

Que el que sufre, cinco años,
no sufre. Que la tristeza extendida
cinco años, no es tristeza.
Que las lágrimas de cinco años,
no son suficientes para mojar, para impregnar,
para cambiar un rostro.
Pero yo he pisado hoy,
por última vez, la puerta
pisada estos últimos cinco años,
he sabido cosas, y he comprendido,
y os digo, y os explico, y os juro
que el hombre, cinco años triste,
es un sabio de tristeza,
que el hombre, cinco años solo,
es un dios de soledad,
que el hombre llorando cinco años,
está inundado de lágrimas oscuras
que le buscan, que le cambian la vida.

Buscad al que soy, y buscad al que fui.
Os dolerá en los ojos tanto silencio mío.

Cinco años que se van para siempre,
y sé que no se irán nunca.